

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



MAYO, MES DE MARÍA

San Luis M^a Grignion
de Montfort y
la piedad popular

Padre Claret, impulsor
de la piedad popular
en Cataluña

La Divina Pastora
y los capuchinos

La Virgen María en la
Orden del Carmen

La piedad popular,
tesoro de la Iglesia
en América Latina

Mártires de la Iglesia
caldea



Carlo Maratta, *Virgen con el Niño* (1660)

«La piedad popular a la Santísima Virgen brota de la fe y del amor del Pueblo de Dios a Cristo, y de la percepción de la misión salvífica que Dios ha confiado a María de Nazaret, para quien la Virgen no es sólo la Madre del Señor y del Salvador, sino también, la Madre de todos los hombres».

Directorio sobre la piedad popular y la liturgia

Sumario

La piedad popular y la evangelización de los pueblos <i>José M^a Alsina</i>	3
A Jesús por María: la piedad popular en san Luis M ^a Grignon de Montfort <i>Gerardo Manresa</i>	4
El Padre Claret, gran impulsor de la piedad popular en Cataluña <i>Benjamín Pineda</i>	8
La Bienaventurada Virgen María en la Orden del Carmen <i>Fr. Jordi Maria Gil i Costa, O.Carm.</i>	11
La Divina Pastora y los capuchinos <i>Fr. Valentí Serra de M. Ofm Cap.</i>	15
La piedad popular, el tesoro de la Iglesia en América Latina <i>Benedicto XVI</i>	18
La devoción de las tres avemarías <i>Balbina García de Polavieja</i>	20
Diez puntos clave de la catequesis del Papa sobre la familia	22
Ragheed Ganni, mártir de la Iglesia caldea <i>Guillermo Pons Pons</i>	23
Responsabilidad de los laicos: comunión, misión y servicio (III) <i>Guzmán Carriquiry</i>	26
Kenia: el Jueves santo de los mártires <i>Josué Villalón Alvarez</i>	30
Las fundaciones <i>Santiago Arellano Hernández</i>	32
Fe y Cultura en el matrimonio <i>Cardenal Carlo Caffarra</i>	34
La Virgen del Rocío, la esposa del Espíritu Santo <i>Mónica Pérez-Mosso</i>	37
Santa Joaquina de Vedruna <i>Isabel Conejo Feliu</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

RAZÓN DEL NÚMERO

MAYO, mes de María, CRISTIANDAD acude gozosamente a esta cita anual mariana dedicando una vez más sus páginas a glosar la devoción popular a la Virgen Santísima. Forma parte de la experiencia cristiana más común de muchas generaciones unir distintos acontecimientos naturales y sobrenaturales en una íntima relación. Llegada de la primavera, mes de las flores, mes de mayo, mes de María. Como si fuera esta misma riqueza ambiental una ocasión propicia de manifestar nuestro filial agradecimiento a la que fue escogida para ser la Madre del Redentor. Recordemos unos versos del gran poeta mariano catalán Mn. Cinto Verdaguer:

Les dolces olors
de totes les flors
dins un encesar aplegar voldria,
vostre hermós altar,
de dia i de nit,
aquest maig florit
oh, Verge Maria.

El reconocimiento de la fuerza evangelizadora de la piedad mariana tiene una especial importancia en algunos santos que dejaron una huella profunda en las regiones donde se desarrolló su predicación. Valgan como ejemplo la labor apostólica de dos grandes santos marianos. El apóstol de la Vendée, san Luis María Grignon de Montfort, santo mariano por excelencia, de grande influencia en aquella región francesa hasta el punto que al cabo de un siglo, cuando la Iglesia sufrió la gran persecución causada por la Revolución francesa, los vendeanos dieron testimonio de su fe y amor a Dios con la entrega heroica de sus vidas. Cataluña también ha tenido en san Antonio María Claret un santo de fuerte impronta mariana en su labor apostólica de carácter popular. Sus catecismos, devocionarios, sus misiones populares tuvieron una difusión importantísima para el alimento de la vida espiritual de muchas generaciones. Su recuerdo debería servirnos de estímulo y ejemplo para la labor de nueva evangelización tan necesaria en nuestras tierras.

También en este número hemos querido hacernos eco de dos acontecimientos eclesiales de carácter totalmente diverso. En primer lugar la persecución que sufren los cristianos a causa de su fe en Oriente Medio, países africanos y asiáticos, tierras de antigua fe y otras de más reciente evangelización, todas estas comunidades cristianas están dando un testimonio admirable que con toda seguridad es aurora de renovada santidad en la Iglesia. En segundo lugar el anuncio que ha hecho el papa Francisco de un «Año Santo de la Misericordia». En el número del mes de junio nos haremos eco más ampliamente de la bula de convocatoria del Año Santo, pero además, convencidos del carácter providencial para la Iglesia y para toda la humanidad de esta convocatoria, anunciamos el propósito de dedicarnos de forma monográfica durante todo este año al tema del amor misericordioso.

La piedad popular y la evangelización de los pueblos

JOSÉ MARÍA ALSINA ROCA

HACE pocas semanas numerosas ciudades y pueblos de toda España celebraban con gran participación popular las tradicionales procesiones de Semana Santa y una vez más estas celebraciones públicas de la fe nos llevan a valorar la importancia que tiene para la fe de un pueblo la piedad popular. Después del Concilio, en el que se multiplicaron las críticas y solamente se contemplaban las deficiencias y limitaciones que puede haber en estas expresiones de fe, se producía un cambio de actitud eclesial fruto de las palabras de Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, en la que hacía notar como la piedad popular no es una religiosidad etérea y sin contenidos, sino verdadera piedad cristiana que acerca los hombres a Dios y subrayaba su importancia como medio de evangelización en tiempos de profunda secularización. Este reconocimiento de la importancia de la piedad popular se ha repetido en los siguientes pontificados siendo en el papa Francisco uno de los temas recurrentes de su magisterio. «Refleja la piedad popular, afirma Pablo VI, una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente “piedad popular”, es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad».

Es connatural a un pueblo cristiano que integre entre sus costumbres más preciadas aquellas celebraciones que manifiestan su fe y que ayudan de una forma decisiva a que esta fe esté presente en todos los ambientes sociales incluso en aquellos que por distintas razones puedan estar más alejados de una forma de vida coherente con su fe. Gracias a la participación en estas celebraciones religiosas populares no desaparece la fe de su vida personal y social. En aquellas situaciones, como ocurre en la actualidad, caracterizadas por la ausencia de la fe en la vida pública con las conocidas consecuencias de pérdida de la fe en la vida personal, el vacío creado por esta falta de presencia de la fe en la vida de los pueblos es ocupado por manifestaciones diversas culturales y religiosas, muchas de ellas de carácter supersti-

cioso y claramente anticatólico. Esta influencia es especialmente notable en los ambientes más pobres y sencillos, objeto frecuente de la influencia del proselitismo de las sectas, muy activas en los países latinoamericanos.

De esta importancia de la piedad popular en la vida de aquellos países se hacía también eco Juan Pablo II en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*: «Una característica peculiar de América es la existencia de una piedad popular profundamente enraizada en sus diversas naciones. Está presente en todos los niveles y sectores sociales, revistiendo una especial importancia como lugar de encuentro con Cristo para todos aquellos que con espíritu de pobreza y humildad de corazón buscan sinceramente a Dios (cf. Mt 11, 25). Las peregrinaciones a los santuarios de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos, la oración por las almas del Purgatorio, el uso de sacramentales (agua, aceite, cirios...). Éstas y tantas otras expresiones de la piedad popular ofrecen oportunidad para que los fieles encuentren a Cristo viviente... La piedad popular, si está orientada convenientemente, contribuye también a acrecentar en los fieles la conciencia de pertenecer a la Iglesia, alimentando su fervor y ofreciendo así una respuesta válida a los actuales desafíos de la secularización».

La piedad popular tiene manifestaciones muy diversas y de una gran riqueza espiritual, pero entre ellas ocupa un lugar muy destacado las devociones marianas: peregrinaciones a santuarios, fiestas patronales, procesiones, y diversas prácticas de piedad forman parte ordinaria aún en nuestros días de la vida social y religiosa de muchos pueblos de España. También los países de lengua hispana han destacado a este respecto. De ello hacía mención Benedicto XVI al dirigirse a los participantes en la asamblea plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina: «Está también la devoción de los pueblos de Latinoamérica y el Caribe a la Santísima Virgen María. Ella, desde los albores de la evangelización, acompaña a los hijos de ese continente y es para ellos manantial inagotable de esperanza. Por eso, se recurre a ella como Madre del Salvador, para sentir constantemente su protección amorosa bajo diferentes advocaciones».

La piedad popular y de un modo singular la piedad mariana continúan siendo motivo de esperanza de que la fe que ha estado tan arraigada en la vida de los pueblos hispanos pueda resistir a tantos intentos de secularización y sea de nuevo campo abonado que dé frutos de santidad para toda la Iglesia.

A Jesús por María: la piedad popular en san Luis M^a Grignon de Montfort

GERARDO MANRESA

DESPUÉS de pasar dos períodos en el hospital de los pobres de Poitiers, Montfort cree llegado el momento de iniciar su verdadero carisma de misionero y acude al obispo de Poitiers a pedir su autorización para poder dedicarse a misionar en los arrabales de la ciudad y en sus diversas parroquias. El obispo acogió con gozo la proposición y aun recomendó a varios clérigos distinguidos que le secundaran en su obra de evangelización. Además le nombró director de la iglesia de los *Penitentes*, donde podría retirarse él entre sus misiones. Era el año 1704.

Montfort, a manera de un viajero que se apresura a llegar antes de la noche a su destino, tenía prisa para aprovechar esta autorización recibida del obispo. Al igual que san Pablo, ardía en deseos *de poner al servicio de vuestras almas todas mis energías y hacer lo imposible por salvarlas*. Dice De Clodovièrre, biógrafo del santo: «Atacar francamente al mundo, declarar guerra implacable al vicio, cubrirlo de vergüenza y de infamia, arrancar a Satanás sus desgraciadas víctimas, desvanecer las ilusiones funestas por cuyo medio tiene bajo su poder a la mayoría de los hombres, enseñar a los ignorantes sus deberes y hacérselos amar, excitar a los perfectos, conducirlos al heroísmo de las virtudes cristianas, hacer que en todas partes vuelva a florecer la piedad, en el santuario, en el claustro y entre las personas del siglo, he aquí lo que se propuso el hombre apostólico; he ahí lo que consideró como objeto de una misión verdadera; he ahí lo que emprendió sin temer nada de lo que tendría que padecer por parte del mundo y de las potencias del Infierno».

La predicación en la misión y la confesión

PARA conseguir esto usaría varios medios. El primer medio y el más grande por excelencia fue su predicación. Nunca se entregó a ella sin una fuerte preparación, que consistía especialmente en su acostumbrado recogimiento en Dios por la oración, en la meditación y el estudio profundo de las verdades eternas, en la redacción de los planes de sermones trabajados esmeradamente.

Sus hijos espirituales poseen todavía hoy un cuaderno que contiene sus planes de sermones, escrito de su puño y letra. Son cuatrocientas páginas llenas

de una letra microscópica, pero nítida y correcta. Contienen todos los temas del dogma y de la moral que pueden tratarse en la sagrada cátedra. Dice Pauvert, otro biógrafo de Montfort, «Allí hallareis doscientos esqueletos de discursos, osamentas cuyas piezas fuertemente articuladas revelan su solidez, sin que podáis decir cuál será su belleza, cuando el orador, semejante al profeta, las anime con su hálito, haciendo crecer los nervios, los músculos y todos los órganos de la vida».

La forma de exponer el tema la dejaba Montfort, a la inspiración del momento, aprovechando todos los medios oratorios para conseguir convencer a los espíritus y mover y conmover a los corazones. Siempre era sencillo en sus sermones, que no tenían ampulosidad alguna. Nunca la vana elocuencia adulteró en sus labios la palabra de Dios.

Otra preparación a la que recurría constantemente, antes de subir al púlpito, consistía en aplacar la justicia de Dios con ruda disciplina, y convertirse, merced al rigor que ejercía sobre su cuerpo, en más digno instrumento de su misericordia para con los pecadores. Y si le hacían alguna objeción sobre esto, contestaba sonriendo que «nunca canta el gallo mejor que cuando se golpea los flancos con las alas». En Montfort había una elocuencia aun mayor que la oral, que era su propia vida y ésta daba a aquella una fuerza que duplicaba su poder, imitando así al divino Maestro como expresa Lucas en Hch 1,1.

Después del sermón, que hacía entrar al pecador en sí mismo, venía la confesión, que reparaba los desórdenes de la vida. En el santo tribunal remataba Montfort lo que había comenzado en el púlpito, la conversión del pobre pródigo. Aquí era donde con misericordia verdaderamente paternal, acogía las promesas de su arrepentimiento, lo arrojaba a los brazos y al corazón de Dios y lo revestía de la primera túnica de la inocencia, antes de admitirle a las alegrías del banquete celestial.

Tenía un verdadero horror a una moral excesivamente severa; cuanto más tronaba en el púlpito contra el pecado, declarándole la guerra sin cuartel, tanto más tierno y bondadoso se mostraba con el pecador arrepentido. Preferiría, decía Montfort, «padecer en el Purgatorio por haber tenido demasiada dulzura con mis penitentes, que por haberlos tratado con severidad desesperante».



Escultura de san Luis María Grignion de Montfort
(nave principal de la basílica de san Pedro)

Los cánticos

OTRO medio que utilizaba el santo de forma constante en las misiones eran los cánticos que acompañaban todas las ceremonias que él realizaba durante la misión. Montfort tenía alma de poeta y ya en el seminario de San Sulpicio empezó a componer cánticos. Ellos ocupan un lugar importante en la obra de las misiones. Compuso 165 cánticos con más de veinticinco mil versos y en muchos casos para la música utilizaba las canciones de moda en aquella época en las tierras donde misionaba; de esta forma era más fácil aprenderse la letra de la canción, que era lo importante, pues llevaba la doctrina o la enseñanza que él quería transmitir.

El santo seguía para la composición de sus cantos los principios descritos por san Bernardo de Claraval en su epístola 398: «Que los pensamientos resplandezcan en verdad, que proclamen la virtud, que per-

suadan a la humildad, que enseñen con justicia; que engendren en los corazones la luz de la verdad, que reformen las costumbres, que vituperen los vicios, que inflamen el amor, que regulen los sentidos... Si la composición ha de ser cantada, que el canto esté lleno de gravedad, que sea agradable sin pecar de ligero, que sólo halague al oído con objeto de conmover el corazón; ... que no haga olvidar el sentido de la letra, sino sirva para hacerla más comprensible dándole más animación y vida».

He aquí mis versos y mis cantos
Si no son bellos, son buenos;
Si a los oídos no halagan,
Grandes maravillas riman.

Y no por ser para niños,
Es su valor más pequeño;
Ni por ser versos corrientes,
Dejan de ser saludables.

Leedlos, pues y cantadlos
Pensadlos y meditadlos;
No busquéis en ellos lo sublime,
Sino la verdad que expreso.

Cantadlos todos como es debido,
Las grandezas del Altísimo
Cantando destruiremos el vicio
Y haremos amar la justicia.

Con este fin aborda en sus cánticos todos los asuntos religiosos que suelen tratarse en el púlpito durante las misiones y los ejercicios: Dios, su Providencia, los misterios de la vida de Cristo, la devoción a su Sagrado Corazón, la Virgen María, los ángeles, los santos, la Iglesia, el cristiano, la gracia, los sacramentos, las virtudes, la cruz, la oración, el pecado, el mundo, el demonio, los lazos tendidos a la inocencia, el último fin, la salvación, la muerte, el Juicio, el Purgatorio, el Infierno, el Cielo. También tiene versos y cánticos sobre la naturaleza, que él mismo va cantando por los caminos para alabar a Dios por la creación.

Pero cuando cantaba a la Virgen, la poesía adquiere un tono especial

Cante y pregone mi alma
Para gloria de mi Salvador,
Las grandes bondades de María
Para con su pobre servidor.

Cristianos, ¿queréis ser felices?
Servid fielmente a María;
Porque ella es la puerta de los Cielos
Y el camino de la patria.

Con el siguiente cántico de Montfort a la Virgen ocurrió el siguiente suceso:

Cuando el ejército de la Convención invadió Saint Laurent sur Sèvre saqueó el convento de las hijas de la Sabiduría, fundado por el santo y condenó a muerte a las dos hermanas que estaban en la enfermería cuidando a los heridos. Mientras las conducían a la guillotina ellas cantaban el siguiente cántico de Montfort, compuesto más de un siglo antes:

Virgen, en vuestro socorro
Toda mi confianza pongo
Servidme de defensa,
De mis días cuidad.

Y cuando mi última hora
Venga a fijar mi suerte,
Conseguid que yo muera
De la más santa muerte.

¿No constituían aquellas hermanitas, al cantar el cántico al pie del cadalso cien años más tarde, la realización completa y sublime del ideal de Montfort, esto es, formar un pueblo de cristianos, de alma sencilla y valiente, heroica y alegre, que canta y bendice a Dios en el trabajo, en el dolor, siempre, y que aun halla notas piadosas para saludar a la muerte?

Los cánticos fueron la salsa que unió todas las otras actividades que preparaba Montfort en sus misiones.

Las liturgias y las procesiones de penitencia

JUNTO con los sermones y las confesiones se debe destacar en las misiones del santo las ceremonias litúrgicas y las procesiones que realizaba que fueron, sin duda, grandes medios de conversión. Para ello disponía de material adecuado como banderas, estandartes, imágenes, estatuas, vestuario, etc., que llevaba de una parroquia a otra, además de aprovechar las particulares de cada una de ellas. La asistencia a las misas era verdaderamente masiva y en ellas aprovechaba también el santo para hablar, pero es de destacar aquella santa misa en la que el sermón consistió, todo él, en un llanto suyo por el dolor que le causan al Señor nuestros pecados.

Entre las otras ceremonias deben citarse las procesiones de penitencia, la del Rosario, la de la renovación de las promesas del Bautismo, en las cuales abundaban las cruces, estatuas y numerosas banderas y, especialmente, los quince estandartes, relucientes de oro, en los que estaban representados los misterios del Rosario.

Organizaba siete procesiones en cada misión: las tres primeras, los días de comunión general para hombres, mujeres y niños; la cuarta, al cementerio, el día de oficio de difuntos, la quinta, el día de la renovación de las promesas del bautismo; la sexta el día de la plantación de la cruz o del Calvario y la séptima, el día de la distribución de cruces de la misión y de los nombres de Jesús.

Todo este despliegue de pompas religiosas, unido al canto de sus composiciones, producía siempre en las masas una impresión saludable, una especie de impulso mágico, del que costaba trabajo librarse aun a los más indiferentes. ¡Cuántos pecadores han hallado en esa impresión involuntaria uno de los estímulos de su vuelta a Dios!

La procesión que se efectuaba el día de la renovación de las promesas del Bautismo¹ tenía un carácter especial de imponente solemnidad, tan propio para engendrar en los corazones las impresiones de que hablamos. En ella tomaban parte todos los que habían asistido a la misión; desfilaban, en filas de dos o de cuatro, llevando el rosario en la mano, una cruz y un *contrato de alianza*. Este contrato era una fórmula de las promesas del Bautismo, que Montfort había mandado imprimir para el uso y al cual se había añadido un pequeño reglamento de vida cristiana. En dicha procesión se llevaba el libro del Evangelio entre dos hachas, a la cabeza del clero y lo llevaba un diácono, que en aquellos años era un sacerdote que hacía sus funciones.

Al regreso se detenían en la puerta de la iglesia y presentaba el libro divino a cada uno de sus fieles. Todos sucesivamente se postraban de hinojos para besarlo, y al mismo tiempo, pronunciaban estas palabras del contrato de alianza: *Creo firmemente todas las verdades del Evangelio de Jesucristo*. Luego entraban en la iglesia y al pasar delante de la pila bautismal, la besaban, diciendo estas palabras: *Renuevo de todo corazón las promesas de mi bautismo, y renuncio por siempre al demonio y a mí mismo*.

Desde allí avanzaban a un altar de la Santísima Virgen, en donde Montfort les daba a besar los pies de su estatuita de la Madre de Dios mientras acababan de formular el contrato: *Me entrego del todo a Jesús por mediación de María, para llevar la cruz los días de mi vida*.

Tras el canto del *Credo* y unas palabras de ánimo del santo concluía la ceremonia.

1. Para Montfort la consagración de la esclavitud mariana no es más que la renovación de las promesas del bautismo realizada por medio de María.



Imagen original de la Virgen de Montbernage
(Poitiers)

Recuerdos de la misión

FINALIZADA la misión el santo dejaba siempre un recuerdo para que la gente no olvidara estos días santos.

Sirva como ejemplo lo que sucedió en la misión de uno de los barrios más inmundos de Poitiers, Montbernage. Mas que un barrio era un montón de chabolas, con mal olor, vicio y corrupción, abandonada completamente de la municipalidad, donde nunca había penetrado nadie para llevar una semilla de la dignidad humana, ni la palabra de Dios. Era peligroso arriesgarse, pero Montfort no tuvo ningún problema, antes de la misión se recorrió el barrio haciéndose amigos entre la gente mayor y entre los niños, de forma que cuando la comienza todos le conocen.

Finalizada la misión, Montfort subió al altar con una imagen de María y después de hacer la consagración y besar la imagen, el santo se llevó la imagen a su residencia pero antes de salir del barrio dice a la multitud que no abandona al misionero, que le gustaría dejar la imagen de la Virgen con su capilla, pero que sólo tiene una. Añade:

–Os la dejo de recuerdo si alguno se compromete a rezar aquí las oraciones los domingos y días de fiesta y a rezar el rosario a María

Un obrero se adelanta:

–Yo me comprometo a realizar estas cosas. Déjenos la imagen.

Y lo cumplió. Por espacio de cuarenta años hasta su muerte se rezó el Rosario ante dicha imagen en el barrio de Montbernage.

La fuerza evangelizadora de la piedad popular

«Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5). En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización».

Papa FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 4 de noviembre de 2013

San Antonio María Claret, gran impulsor de la piedad popular mariana en Cataluña

BENJAMÍN PINEDA

La devoción del padre Claret a la Virgen

EL papa Pío XII expresó en su pontificado que la Santa Virgen María es como una luz suave que ilumina todos los aspectos de la persona y de la misión de san Antonio María Claret. Para el gran santo mariano la Madre de Dios era su todo después de Jesús.

Antonio María Claret tuvo su primera experiencia mariana en el seno de su familia. «Mis padres —dice— desde muy niño me inspiraron la devoción al santísimo Rosario».¹

Más adelante, cuando Antonio aprendió a leer, aprendió también a dirigir el rosario familiar y en la escuela. Concluidos los primeros estudios, trabajó en la fábrica de telares instalada en su casa y rezaba el rosario con los demás trabajadores.

La relación del santo con la Madre de Dios en su niñez podemos resumirla en una reseña de sus escritos: «Los días de fiesta pasaba más tiempo en la iglesia que en casa, porque apenas jugaba con los demás niños; solo me entretenía en casa, y mientras estaba así, inocentemente entretenido en algo, me parecía que oía una voz, que me llamaba la Virgen para que fuese a la iglesia, y yo decía: voy, y luego me iba». Durante su juventud experimentó el amor de María como providencia en medio del mundo: «En este tiempo se cumplió en mí aquello del Evangelio de que las espinas habían sofocado el buen trigo (cf. Mt 13, 7). El continuo pensar en máquinas, telares y composiciones me tenía tan absorbido que no acertaba a pensar en otra cosa. ¡Oh Dios mío, que paciencia tan grande tuviste conmigo! ¡Oh

Virgen María, aun de Vos había momentos en que olvidaba!» La experiencia del mundo acabó para el joven con gran desilusión: «desengañado, fastidiado, y aburrido del mundo, pensé dejarle y huirme a una soledad, meterme cartujo»

Sin embargo, experimentó enseguida que Dios Padre le quería entre el mundo, comprendiendo que el Señor se quería servir de él para colaborar en la obra de la salvación. El santo atribuye a la Virgen su

vocación al apostolado: «Se vio claramente que María Santísima tuvo en mí una especialísima providencia y me tenía como hijo muy mimado; no por mis merecimientos, sino por su piedad y clemencia».²

San Antonio María Claret, sintiéndose instrumento de la maternidad de María al pie de la cruz, habla de sí en tercera persona: «como amaba a María Santísima como a su tierna y cariñosa Madre, siempre pensaba qué podrá hacer en obsequio suyo. Se le ocurrió que lo que debía hacer era leer y estudiar la vida de san Juan Evangelista e imitarle. Al efecto, vio que este hijo de María, dado por Jesús desde la cruz, se había distinguido por sus virtudes, pero singularmente por la humildad, pureza y caridad, y así las iba practicando este joven estudiante».³

En su primera juventud comienza a experimentar la misión de María en la lucha entre el bien y el mal: la Mujer y su descendencia en continua oposición a la serpiente. Seminarista en Vic, se sintió tentado desde su interior y constató que no bastaba



1. Antonio M^a CLARET, *Escritos autobiográficos* (B.A.C, 1981), p.431

2. Antonio M^a CLARET, *Escritos autobiográficos*, (B.A.C, 1981), p. 432.

3. Antonio M^a CLARET, *Escritos autobiográficos* (B.A.C, 1981), p. 413.

su fuerza de voluntad para vencer. El auxilio le vino del Señor mediante la intervención de María. Esta experiencia se hizo consciente en una visión en la que percibió de un lado la Virgen con los ángeles y los santos, y del otro el mal con la violencia de un ejército. En medio de estas dos fuerzas se vio él mismo como un niño débil e indefenso. Sin embargo, la Virgen le invitaba a luchar y le ofrece la corona de la victoria. En aquel mismo instante el mal comienza a replegarse como un ejército en retirada. Esto acaecía en 1831 y Antonio tenía 23 años.

Tres años más tarde entendería el santo el sentido vocacional de esta visión, durante la ordenación de diácono: «Cuando el Prelado dijo aquellas palabras del pontifical que son tomadas del apóstol san Pablo: No es nuestra lucha contra la carne y sangre, sino también contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas... Entonces el Señor me dio un claro conocimiento de lo que significaban aquellos demonios que vi en la tentación». Esta experiencia de lucha se aclaró todavía más cuando Claret, ahora Antonio María, sufrió en Holguín (Cuba) un atentado sangriento del que escapó con vida gracias a la protección de la Virgen. Como buen hijo se ofrece por soldado suyo y se anima a formar un cuerpo compacto y unido por la caridad con los fieles que quisieran comprometerse a luchar por la causa del Reino.

Apóstol de Cataluña

A sí lo decía el Emmo. cardenal Gomà en aquel inolvidable panegírico de las fiestas de la beatificación en la catedral de Vich: «*Si no esguardéssim el beat Claret sota el caire del seu apostolat, deixariem de parlar de la qualitat específica del seu temperament espiritual i de la seva vida. Perqué ans que tot, el pare Claret fou un apóstol*». ⁴

Cuando le proclamamos al «padre Claret» con justicia apóstol de Cataluña, recordemos que predicó también en todo el resto de España, en Cuba, en Italia y en Francia. De los treinta años de actividad apostólica misionera (1840-1870) sólo corresponden a Cataluña los siete u ocho primeros y sin embargo su labor apostólica renovando e impulsando la piedad en Cataluña fue definitiva para su generación y las que vendrían después.

Los días de ordenación sacerdotal de san Antonio María Claret (1835) se vieron iluminados por los siniestros fulgores de los incendios de iglesias y asesinato de religiosos. La visión de los males de la Iglesia española encontró eco en el corazón ar-

doroso del apóstol y resolvió oponerse eficazmente a la impiedad que la revolución iba sembrando en nuestra patria. El propósito que formuló Claret iba a tener consecuencias inimaginables.

Dios, en su infinita misericordia, cuando quiere salvar un pueblo de la impiedad envía a hombres de Dios: profetas, apóstoles, santos... Uno de esos hombres providenciales para Cataluña fué san Antonio María Claret. Así lo reconocieron hasta sus mismos adversarios. El anarquista Jaime Brossa declaró: «Antes de la aparición del padre Claret, Cataluña estaba madura para el indiferentismo religioso ... De no haber existido el padre Claret, Cataluña habría comprendido el mensaje de la revolución». ⁵

Su plan de restauración tuvo como eje principal al Santísimo Sacramento: la asistencia a la santa Misa y la recepción frecuente, devota y fervorosa de la sagrada comunión. Difundió la comunión espiritual, las visitas al Santísimo Sacramento y el Vía crucis.

Dió mucha importancia al catecismo y en su obra se volcó totalmente: «La primera cosa que procuraba era la instrucción de los niños en la doctrina cristiana, ya por la afición que siempre he tenido a esta clase de enseñanza, ya también porque conocía que es lo más principal, por ser el Catecismo el fundamento de este edificio de la instrucción religiosa y moral; y además que los niños lo aprenden fácilmente, se les queda más impreso; se les preserva del error, del vicio y de la ignorancia y se les forma en la virtud muy fácilmente». Del catecismo del padre Claret se editaron 140.000 ejemplares en catalán y 170.000 en castellano. Es uno de los libros que más ha influido en la formación de la piedad de Cataluña. También consideró conveniente un devocionario acomodado a las diversas edades y estados. Entre todos, el que se ha hecho más famoso y ha tenido más ediciones es el *Camí dret i segur per anar al cel* conocido popularmente como el *Camí dret*. Monseñor Antonio Griera escribió de este devocionario: «*Es l'obra escrita en llengua catalana que ha conegut més edicions i més difusió. Totes les generacions catalanes, des del 1840 al 1900, s'han format religiosament amb el devocionari del Camí dret*». ⁶

También le preocupó el canto religioso popular, tanto para combatir los cantos deshonestos como, y principalmente, para infiltrar la piedad en el pueblo.

Las pláticas, sermones, avisos, advertencias, exhortaciones y correcciones públicas y privadas, según conviniera eran otros recursos utilizados por el santo a fin de acercar las almas a Dios.

Fundó la «Sociedad contra la Blasfemia», la «Her-

4. Isidre GOMÀ, *Panegíric del beat pare A. M. Claret* (Barcelona 1934), p.16.

5. Manuel BRUNET, *Actualidad del P. Claret* (Vich 1953), p. 39.

6. Antonio GRIERA, *Lo Gai Saber* (Tolosa 1951), p. 248.

mandad Espiritual de los Libros Buenos» y, como apostolado seglar especializado, la «Academia de San Miguel»: agrupación de literatos, artistas y propagandistas católicos, aprobada por el Papa y por el gobierno español, y que produjo magníficos resultados. Así también se preocupó de dar nueva vida a las asociaciones existentes, especialmente a la Cofradía del Rosario y a las Congregaciones Marianas.

Promueve la devoción a María Santísima

A este respecto el padre Claret decía que el obispo ha de promover la devoción a María Santísima con el rosario, el escapulario, erigir cofradías y congregaciones en su nombre, con imágenes en los templos, en las casas, y exhortar que las lleven encima como medallas... Procurarles para que lean libros que traten de las excelencias de María Santísima, y de su devoción y virtudes para imitarlas.

El Rosario tuvo una gran importancia en la formación espiritual de san Antonio María Claret, el cual vió también en él un arma providencial de apostolado, y se dedicó a propagarlo con todo su empeño. Una fórmula de devoción mariana que san Antonio María Claret hizo consubstancial a la piedad de Cataluña es el «*O, Verge i Mare de Déu*». El santo la divulgó para combatir la impureza y logró muy felices resultados. La incorporó al ejercicio del cristiano como una consagración filial a la Virgen, y la rezaba también al final del Rosario y de los sermones.

También fomentó mucho la devoción a los dolores de la Virgen: «Asimismo les enseñaba el modo de ser devotos de los Dolores de María y procuraba que en cada día de la semana meditasen en un dolor de manera que los siete dolores los meditasen en los siete días de la semana, uno cada día». Antes que el padre Claret predicase, ya había una cofradía en Manresa dedicada a los Sagrados Corazones de Jesús y de María; pero él hizo esta devoción verdaderamente popular injertando el espíritu de la archicofradía de París a la Cofradía del Roser, tan arraigada y popular en Cataluña.

La primera manifestación explícita del Corazón de María en la espiritualidad de Antonio hay que colocarla en 1831, el año de la visión mariana, cuando se inscribió en la Cofradía del Corazón de María de Manresa y en la de los Dolores de Vic.

Pero fue en 1846 cuando descubrió el Corazón de María como signo de los tiempos, primero frente al jansenismo popular, al liberalismo secularizador y, finalmente contra el humanismo ateo. Partiendo de la devoción popular mariana, comenzó a purificarla de supersticiones, e informarla con la fe.

El Santo promovió también los grupos de vida cristiana y de apostolado, introduciendo en todos estos a Nuestra Madre del Cielo.

Hay un hecho que algunos han considerado como providencial. San Antonio María Claret adoptó como Virgen de sus batallas apostólicas a la Virgen del Rosario de la iglesia de Santo Domingo de Vic, poniéndole un corazón de plata en el pecho. Tal como se apareció después la Virgen en Fátima. Éste es otro mérito de san Antonio María Claret: el haber incorporado la devoción al Corazón de María en la piedad de Cataluña.

Difundió un grupo de oración misionera que se llamaba: «*Pía y Apostólica Unión de oraciones y de obras buenas para alcanzar la santificación de España y de todo el mundo*» (1845). Esta «Pía y Apostólica Unión» estaba bajo la especial protección del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, Reina de los Apóstoles.

El Santo también difundió «La Cofradía para la conversión de los pecadores». Los cofrades se consagraban especialmente al servicio de María para combatir el pecado, procurando la conversión del pecador por la oración y por la corrección fraterna.

La primera organización promovida por el Santo, en la que los seglares eran evangelizadores, fue «La Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María y amantes de la humanidad». El fin de la hermandad era procurar con la gloria de Dios el bien espiritual y corporal del prójimo.

En 1849 el padre Claret convoca de nuevo a los seglares, esta vez en «La Hermandad de la Doctrina Cristiana»: «La Hermandad se halla bajo los santísimos Corazones de Jesús y de María».

Por este tiempo el Santo comenzó a promover la consagración en el mundo a manera de las primeras vírgenes cristianas, fundando un instituto secular llamado «Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María».

La vida de san Antonio María Claret, se podría resumir citando una de sus cartas dirigida a un devoto del Purísimo e Inmaculado Corazón de María: «Por tanto, amigo mío, después de Jesús, hemos de poner toda nuestra confianza y esperanza de nuestra eterna salvación en ella. ¡Oh!, dichoso el que invoca a María, el que acude al Inmaculado Corazón de María con confianza, que él alcanzará el perdón de los pecados por muchos y por grandes que sean, alcanzará la gracia y finalmente la gloria del Cielo. Que tanto deseo a usted y a todos».

Con razón pudo decir de él Jacinto Verdaguer que encontraba al padre Claret «en todas las masías de Cataluña» ya que de su acción apostólica se ha nutrido la piedad de varias generaciones en Cataluña.

La Bienaventurada Virgen María en la Orden del Carmen

FR. JORDI MARIA GIL I COSTA, O.CARM.

El Carmelo es la Orden de María: «Totus marianus Carmelus est»

LA familia carmelita, cuyo título oficial y canónico es Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, profesa su más radical y encendido marianismo. Muy atinadas son las consideraciones de Fr. Guillermo di Agresti, O.P. cuando afirma que «todo instituto religioso que se gloria de tener una característica o espiritualidad mariana, no hace otra cosa sino reflejar un aspecto, una orientación, un momento o también alguna virtud de la insondable fecundidad del alma de María. Bajo tal aspecto, cada uno puede sentirse el predilecto de la Virgen, de donde dimanan características y matices devocionales; constituyendo ello un milagro del Corazón Maternal de María que, a la vez que ama a todos sus hijos, puede hacer sentir simultáneamente a cada uno de ellos ser el preferido; su amor materno no está circunscrito ni menos agotado por una determinada orden o congregación religiosa: sería la más insana y orgullosa presunción pretender tener en ello la exclusiva. El amor maternal de María constituye un denominador común, que da características específicas correspondientes a la diversa índole y finalidad de cada orden o instituto religioso». En este sentido, nada tiene el Carmelo tan esencial y característico como su total consagración a María.

En el largo camino histórico de la Orden la presencia de María ha asumido varias e influyentes formas. Así, en los siglos XIII y XIV María es invocada como patrona. Basándose en la riqueza de la verdad teológica de la maternidad divina, la Orden fue fundada en honor y servicio de María y por ello se refiere a ella como la Madre del Señor, la Señora del Lugar, de la Tierra Santa. De hecho, en el s. XVII, varios autores, refiriéndose a la Beata Virgen como fundadora de la Orden, llegan a afirmar que María es causa final, ejemplar y meritoria de la misma Orden. Durante los siglos XIV–XV María se hace presente como Virgen Purísima –la Virgen, la Inmaculada, la «*tota pulchra*», la «mujer del Apocalipsis», la figura única de la Madre del Redentor–, advocación que se complementa con el título de Hermana, que refleja la ternura del Padre y, profeta y discípula de Cristo, sabe acoger la Palabra sembrada por Dios en el corazón del mundo. En la tradición mariana de la Orden, María fue considerada Hermana por

la sintonía en la virginidad de su vida y de los carmelitas. Por eso afirmar que María fue Hermana era lo mismo que decir «Virgen pura» y los dos títulos proponían a la Madre de Dios como ejemplo de la vida carmelita. Por último no podemos olvidar la gran extensión que tuvo a partir del siglo XVI hasta nuestros días la advocación de la Virgen del Escapulario, que preserva del Infierno y libra del Purgatorio.

Por otro lado, la introducción del nombre de María en la fórmula de profesión religiosa, típico en la Orden del Carmen, patentiza la fuerte vinculación entre piedad mariana y «*reformatio Ecclesiae*», piedad que queda reflejada también en el mismo hábito del Carmelo, que es el hábito de la Virgen.

Durante ciento cincuenta años la Orden defendió, encendida y denodadamente, su título mariano, constantemente impugnado, hasta su solemne reconocimiento en Cambridge en 1374, aunque no será aprobado definitivamente hasta 1379 por el papa Urbano VI. Fruto del mismo se inició, primero en Inglaterra y paulatinamente por toda la Orden, la celebración de la solemne conmemoración del 16 de julio (Virgen del Carmen), cuya oración colecta dice: «Señor, Dios nuestro, que has honrado a la Orden del Carmen con el título de la Bienaventurada Virgen María, Madre de tu Hijo, concede a cuantos hoy celebramos su solemnidad que, bajo su protección, lleguemos al monte, que es Cristo».

Dicha fiesta, que se extendió a toda la Orden en el capítulo general de Roma de 1609, es un vibrante pregón que adquirió carácter de celebración litúrgica de un «recuerdo agradecido». En la tradición espiritual del Carmelo, se sitúa la liturgia «como experiencia, vivida con María, del misterio de Cristo», como bien dice Fr. Siberto de Beka, autor del Ordinal del Rito Carmelita del Santo Sepulcro, aprobado en el capítulo general de Londres de 1312 y que durará, en el Carmen de la Antigua Observancia, hasta 1972.

El Carmelo es la montaña de Elías y María

Los eremitas latinos del Monte Carmelo se congregaron en dicho monte acabada la tercera cruzada (1192). San Alberto, patriarca de Jerusalén, les dio una fórmula de vida (Regla) en 1207, donde ya aparece María como la brisa suave de Elías

(1Re. 18,12), prefigurada en la nubecilla que sube desde el mar (1Re 18,44) vista por Elías en el Monte Carmelo, tal y como interpretaron san Jerónimo, san Ambrosio o san Juan Damasceno, entre otros. Se capta, por tanto, en los orígenes de la Orden de los carmelitas una connotación mariana, alimentada por referencias bíblicas, de tradiciones locales y de la conciencia del papel de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

De hecho, poco después de su congregación los eremitas construirán su primera iglesia en honor de la Bienaventurada Virgen María, con piedras blancas. En la obra, no carmelita, *Citez de Jherusalem*, de 1230, se encuentra este testimonio: «detrás de la abadía de Santa Margarita (monjes griegos), en la ladera de la misma montaña hay un lugar muy bello y deleitoso donde viven los eremitas latinos llamados hermanos carmelitas; allí se encuentra una pequeña iglesia de la Virgen». Y ya en 1247 Inocencio IV se dirige «al prior y a los hermanos de Santa María del Monte Carmelo».

El Carmelo nace en una montaña bíblica para vivir en obsequio de Jesucristo, bajo la protección de dos figuras señeras, el profeta de Dios, Elías, y la Bienaventurada Virgen María.

Fundación de conventos en España

EL primer convento carmelita hispánico (frailes) se funda en Perpiñán en 1265 y es dedicado a la Inmaculada Concepción de María. En este año 2015 se conmemora, por tanto, los 750 años de la llegada de la Orden del Carmen a España. Y en el marco de este aniversario hay que situar también el quinto centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús, que estamos celebrando gozosamente todos los carmelitas.

Santa Teresa cita a la Virgen María ciento cincuenta veces en sus escritos, dando hermosos y expresivos testimonios sobre la que es: Hermana, Patrona, Reina, Madre y Emperatriz del Carmelo, como ella gustaba decir. Santa Teresa recibe la vida nueva por el bautismo el 4 de mayo de 1515, el mismo día en que es inaugurado el actual monasterio de Santa María de la Encarnación de Ávila, donde ingresará el 2 de noviembre de 1535. Este monasterio, es el tercer edificio conventual de las carmelitas en Ávila: los dos primeros (1479 y 1485) se encontraban en el interior de la ciudad y el tercero, fuera de las murallas, dado el constante deseo de la comunidad carmelita de llevar una vida más perfecta y observante.

El primer monasterio carmelita hispánico (monjas) se funda en Écija (Sevilla), en 1457, y es dedicado a la Virgen de los Remedios. La segunda Orden del Carmen (monjas) nace el 7 de octubre de 1452 por la bula *Cum nulla fidelium*, de Nicolás V.

Devociones marianas de la Orden del Carmen

EL marianismo del Carmelo tiene, entre otras expresiones, la devoción de las «Siete alegrías» de la Virgen del Carmen, «Causa de nuestra alegría», que suelen cantarse en la novena de preparación a la solemnidad del 16 de julio. El contenido más extendido de las «Siete alegrías» era: Anunciación, Natividad, La Epifanía, Resurrección, Ascensión, Pentecostés y Asunción. Son las alegrías de María en la tierra, unidas al misterio de Cristo y María. Otra forma, más moderna, recuerda las «Siete Alegrías» de María en el Cielo.

Del todo característico en la familia carmelita es también la devoción del santo escapulario, «*signum salutis*» (señal de salvación). Ya en los siglos XIII y XIV los laicos pidieron y consiguieron compartir los bienes espirituales de la Orden, incluso permaneciendo en el mundo.¹ Señal de esta condición y agregación fue, primero, la capa blanca y, desde el siglo XV, el escapulario.

Según la tradición, san Simón Stock, habría tenido en 1251 una visión de la Virgen que, llevando el escapulario en la mano, le habría dicho: «Esta es una señal de salvación para ti y para tus hermanos: los que mueran vestidos con él se salvarán», o sea, la Virgen habría prometido la salvación eterna al santo y a cuantos forman parte de la Orden, recibiendo y usando el vestido, señal de pertenencia a ella. Sobre la historicidad de la visión de san Simón Stock la opinión de los estudiosos está dividida entre los que la afirman y los que la niegan. En realidad, el análisis de los elementos presentes en las referidas fuentes demuestra que la cuestión es muy problemática. Como justamente sintetiza Fr. Ludovico Saggi, O. Carm., se tiene que decir al respeto que «no está probado que la visión sea falsa pero las pruebas aducidas para su historicidad no son satisfactorias». La visión de Simón Stock debe ser colocada en el contexto de la mentalidad medieval, en relación con la vida religiosa como camino para la salvación eterna. Su significado palpable es que la vida religiosa, según el estado profesado simbolizado en el vestido religioso, conduce a la salvación eterna. El escapulario está íntimamente vinculado con el «marianismo» de la Orden del Carmen, del cual es una adecuada y elocuente expresión. El valor propio y específico del santo escapulario entre los demás signos o formas de devoción mariana consiste en que no es una señal meramente exterior o distintiva, sino interna y constitutiva. No es como un acto de simple devoción sino como un estado de perfecta devoción y consagración a María, símbolo

1. La Tercera Orden del Carmen (laicos) nace el 28 de noviembre de 1476 por la bula *Mare magnum*, de Sixto IV

o señal de la total consagración a la Santísima Virgen, esto es, consagración a Jesús por María de todo lo que uno es y tiene como renovación perfecta de las promesas del bautismo. El escapulario es el símbolo de la devoción o vida mariana del Carmelo. En el santo escapulario del Carmen está condensado el fruto de muchos siglos de intensa devoción mariana y quien lo viste se siente espontáneamente incorporado en la corriente de fervor mariano representado por el Carmelo, que es, en sentido propio e intenso, la posesión social, la familia espiritual de María por su pertenencia a ella. La potencia de María a favor de quien viste el escapulario es sustancialmente, desde el punto de vista teológico, la aplicación concreta de la doctrina de la maternidad espiritual y de la mediación mariana rectamente entendida. Así como el sentido central de la «bula sabatina» –por la que la Virgen promete además la salvación eterna y la liberación del purgatorio de todos los religiosos de la Orden y de todos los que llevan el escapulario– parece ser el asegurar a los miembros de la *confraternitas Ordinis* que, por su agregación a la Orden, habrían participado de la misma vida religiosa, camino de salvación, la devoción del escapulario hace referencia a la consagración, o más justamente, confianza en María a través del vestido del Carmelo, en el contenido de sus promesas y se vuelve forma práctica y eficaz para fomentar una vida que conduce a la adhesión total a Cristo y a su plena acogida en nosotros a imitación de María.

El primer sentido del escapulario es ser medio de afiliación a la Orden, que es fuertemente cristocéntrica y mariana en su experiencia espiritual. El fiel, por esta afiliación, participa en la vida de la Orden, inspirándose en sus valores y a sus ideales de unión con Dios y servicio a los hermanos. Por el escapulario el fiel es insertado en la realidad misma de la familia carmelita y no sólo es vinculado a la devoción mariana. El aspecto mariano es, en sí mismo, parte del cristocentrismo carmelita y, por lo tanto, incorporarse a la Orden por el escapulario incluye, junto a la vida mariana, el compromiso según el cristocentrismo del Carmelo. La devoción a María a través del escapulario tiene que penetrar el misterio mariano sin separarlo del misterio de Cristo en el que se basa y sin independizarlo del misterio de la Iglesia en que se proyecta. El uso del escapulario es la expresión que ha tenido un desarrollo enorme como agregación a la familia carmelita desde el siglo xv, donde María cuida totalmente de la persona en el alma y en el cuerpo, en el tiempo y en la eternidad, como señal y medio de consagración y protección mariana, como recuerdo o memorial para los religiosos y los agregados de toda la riqueza de la «fuente» de la piedad mariano-carmelita. Como señal de consagración a María, el escapulario

expresa y testimonia el deseo de subir al «monte» de la perfección–encuentro con Dios–, conducidos por María, la fiel discípula del Señor. El escapulario es memorial de nuestra incorporación, a través del bautismo y la gracia, a Cristo, a cuyo encuentro vamos en unión con María.

La devoción carmelita a María se resuelve en vivir para glorificar a la Virgen Santa, en imitarla con el compromiso generoso dentro de las propias posibilidades, en invocar siempre su potente patrocinio y, por fin, en ofrecer, por sus manos puras, todo a Dios. Una devoción así concebida se sintetiza en un modo de vivir en contacto permanente y en unión espiritual con la Madre celeste. Se trata, en otras palabras, de una familiaridad de vida con María que exige un profundo proceso de purificación y conversión que empapa todo el ser hasta consagrarlo completamente a Dios. Es esta la verdadera devoción del Carmelo a María. Con la reforma de los textos litúrgicos querida por el Vaticano II, todo el esquema de la celebración de la solemnidad de la Virgen del Carmen está centrado en María, madre, modelo y ayuda de quien busca a Cristo, el monte santo de Dios. En la tipología espiritual la referencia al Monte Carmelo presenta un sentido muy claro y teológico. También la referencia a la protección de María a la Orden y el agradecimiento de ésta a ella por los beneficios recibidos permite recordar los elementos característicos de la teología y la devoción mariana de la Orden: María, Madre de Cristo, Virgen e Inmaculada, ejemplo de escucha de la palabra de Dios en la oración contemplativa, esperanza en la vida y después de la muerte.

Además de todo el santoral carmelita, son figuras eminentes por su marianismo en los diferentes siglos Fr. Juan Baconthorp, Fr. Juan Hornby, Fr. Miguel Aiguani, Fr. Juan Grossi, Fr. Francisco Martí, Fr. Felipe Ribot, Fr. Juan de Hildesheim, Fr. Arnoldo Bostio, Fr. Juan Oudewater (Paleonidoro), Fr. Juan de Cheminot, Fr. Juan Bautista de Lezana, Fr. Pedro Padilla, Fr. Eliseo García, Fr. Amador Arrais, Fr. Pablo Antonio Foscarini, Fr. Francisco de la Natividad, Fr. Matías de S. Juan, Fr. Andrés Mastelloni, Fr. Miguel de S. Agustín y su dirigida, la terciaria, María de Sta. Teresa Petijt; Fr. Juan de S. Sansón –el S. Juan de la Cruz de la Antigua Observancia–, Fr. Enrique M^a Esteve, Fr. Agustín M^a Forcadell, Fr. Eamon Carroll, Fr. Alberto M^a Grammatico, Fr. Valerio Hoppenbrouwers, Fr. Claudio M^a Catena, Fr. Ludovico Saggi –ya citado–, Fr. Manuel Boaga y el siervo de Dios Fr. Bartolomé M^a Xiberta, amigo del Dr. Francisco Canals Vidal.

¡Oh Rosario bendito de María!



Cuadro de *Nuestra Señora del Rosario de Pompeya* venerado en el interior del templo

«Virgen del Santo Rosario, Madre del Redentor, mujer de nuestra tierra encumbrada por encima de los cielos, humilde sierva del Señor, proclamada Reina del mundo, desde lo profundo de nuestras miserias recurrimos a ti. Con confianza de hijos miramos tu rostro dulcísimo. Coronada con doce estrellas, tú nos llevas al misterio del Padre, tú resplandeces de Espíritu Santo, tú nos donas a tu Niño divino, Jesús, nuestra esperanza, única salvación del mundo. Brindándonos tu Rosario, tú nos invitas a contemplar su rostro. Tú nos abres su corazón, abismo de alegría y de dolor, de luz y de gloria, misterio del Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros. A tus pies sobre las huellas de los santos, nos sentimos familia de Dios. Madre y modelo de la Iglesia, tú eres guía y sostén seguro. Haz que seamos un corazón solo y un alma sola, pueblo fuerte en camino hacia la patria del Cielo. Te entregamos nuestras miserias, los tantos caminos del odio y de la sangre, las mil antiguas y nuevas pobreza y sobre todo nuestro pecado. A ti nos encomendamos, Madre de misericordia: obténnos el perdón de Dios, ayúdanos a construir un mundo según tu corazón. Oh Rosario bendito de María, cadena dulce que nos anuda a Dios, cadena de amor que nos hace hermanos, no te dejaremos jamás. En nuestras manos serás arma de paz y de perdón, estrella de nuestro camino. Y nuestro beso a ti, en nuestro último respiro, nos sumergirá en una ola de luz, en la visión de la Madre amada y del Hijo divino, anhelo de alegría de nuestro corazón con el Padre y el Espíritu Santo».

Oración del papa FRANCISCO a Nuestra Señora del Santo Rosario de Pompeya, 21 de marzo de 2015

La Divina Pastora y los capuchinos

FR. VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFM CAP.

CON la finalidad de lograr frenar el influjo negativo del racionalismo (promovido por los ilustrados y los «*novatores*») en la conciencia y en la mentalidad del pueblo fiel, y también para conseguir acabar con los estragos que el impacto del rigorismo jansenista producía en la vida de piedad de los militantes católicos, los religiosos capuchinos promovieron una nueva devoción popular a María Santísima presentada bajo el título de María, Madre del Divino Pastor. Esta nueva advocación mariana—representada iconográficamente como «Divina Pastora»—entusiasmó a los estamentos populares por su ternura, por su gran sencillez y por su amable proximidad de carácter materno—pastoral.

En los inicios del siglo XVIII, mientras los seguidores del rigorismo jansenista promovían una espiritualidad que presentaba a un Dios muy severo y exigente en la vida moral, los ilustrados, por otra parte, directamente influenciados por el nuevo talante del cristianismo reformado de talante protestante, menospreciaban los *pia exercitia*; es decir, rechazaban las devociones populares, principalmente las dirigidas a María Santísima y a los santos.

Esta nueva advocación mariana a la Divina Pastora, articulada y divulgada por los religiosos capuchinos, tiene su origen histórico en el año 1703, en la ciudad de Sevilla, a partir de una visión sobrenatural que tuvo el día 24 de junio de 1703 el padre Isidoro de Sevilla, que trató en sus predicaciones de la nueva devoción a la Virgen Santísima «en cuanto Pastora universal de las criaturas» (cf. *La Pastora Coronada*, Sevilla 1705, Libro II, f. 7). En efecto, con fecha 8 de septiembre de 1703 fray Isidoro de Sevilla ofreció al pueblo fiel la primera plasmación iconográfica de la «Divina Pastora de las almas», que realizó con maestría el gran experto en representaciones religiosas D. Alfonso Miguel de Tobar (†1758), uno de los mejores representantes de la escuela pictórica sevillana.

Si bien el iniciador de la devoción a la Divina Pastora fue el padre Isidoro de Sevilla, su gran apóstol y el principal propagador de esta nueva devoción mariana a lo largo de la geografía hispana, lo sería el beato Diego José de Cádiz (†1801), a través de la predicación de numerosos novenarios y de misiones populares, tal como lo pone de relieve su primer biógrafo fray Serafín de Ardales.¹ Fueron particularmente concurridos,

y muy celebrados, los sermones que en enero de 1787 pronunció el beato Cádiz en Barcelona, ante unas cincuenta mil personas, exhortando desde el balcón del Palacio Real a practicar la nueva devoción mariana a María Madre del Buen Pastor.

Esta devoción franciscano—capuchina desde sus orígenes siempre ha gozado de un carácter marcadamente popular, alcanzando una extraordinaria acogida entre los miembros de los estamentos populares, tanto urbanos como rurales, que recibieron con gran simpatía esta nueva mariología que les presentaba a la Virgen Santísima de una manera tan cercana, a través de aquellas sugerentes imágenes que la vestían con indumentaria de pastora siempre ambientada en un paisaje de contornos pesebrísticos, acompañada de numerosos corderos y ovejas que, representando nuestras almas y convirtiendo estas imágenes de la Divina Pastora en la mejor plasmación iconográfica de una Madre muy cercana a nosotros y, sobre todo, muy atenta a todas nuestras necesidades—una auténtica Pastora—, contrastaba con aquellas representaciones de María Santísima de los siglos XVII y XVIII, vestidas a modo de reina y colocadas en altares elevados e inaccesibles, completamente alejados del contacto con el pueblo fiel.

En el convento de capuchinos de Santa Madrona, edificado donde actualmente se halla la plaza Real de Barcelona, se creó el año 1799 la «Pía Unión de la Divina Pastora» que organizó un gran número de celebraciones festivas en la Ciudad Condal, destacando la solemne procesión por las calles de Barcelona en la octava del Corpus y, sobre todo, el canto del Santísimo Rosario con letanías y plática final, tenido todos los domingos y fiestas de precepto. Al crearse esta «Pía Unión» fray Ambrosio de Barcelona, guardián de los capuchinos de Santa Madrona, con fecha 19 de septiembre de 1799, suplicó al obispo de Barcelona, D. Pedro Díaz Valdés, que «se dignase conceder indulgencias a todos los fieles que asistiesen devotamente al Santo Rosario en honor a la Divina Pastora de las almas María Santísima, Madre y Señora nuestra» que se celebraba en la iglesia del convento de Santa Madrona todos los domingos y fiestas de guardar, y el prelado diocesano, en la misma fecha, «cuarenta días de indulgencia por cada avemaría del rosario que se canta en la iglesia de los RR. PP. capuchinos de Barcelona». Para afianzar la piedad mariana de los miembros de esta «Pía unión», contaron con textos devocionales muy a propósito contenidos en el libro titulado: *Exercicio cotidiano de María Santísi-*

1. Fray Serafín DE ARDALES, *El misionero capuchino*, Manresa, 1813, p. 25–28.



Grabado popular catalán estampado al boj

ma Madre y Pastora nuestra que, en el año 1764, había publicado el capuchino fray Joaquín de Berga; un devocionario que contribuyó enormemente a elevar el nivel espiritual de las celebraciones en honor de la Divina Pastora desarrolladas en torno de los conventos capuchinos de Cataluña, especialmente en los de Tremp, Igualada, Calella de la Costa y, sobre todo en el de la ciudad de Manresa, donde sigue viva esta devoción popular que fue introducida el año 1801 en el barrio de *Les Escodines*, celebrando todavía un solemne novenario anual y una festiva procesión de la imagen por las calles de este barrio manresano, donde se halla ubicada la Cueva de San Ignacio en la cual escribió los Ejercicios Espirituales, y que está situada al lado de la huerta del antiguo convento de capuchinos, fundado en 1582, mucho antes de la llegada de la Compañía de Jesús a la santa Cueva de Manresa en 1627.

En el año 1763, los frailes menores capuchinos de Cataluña declararon a la Divina Pastora patrona de las Misiones capuchinas (en el año 1737 los capu-

chinos catalanes ya habían dedicado en la Guayana un establecimiento misional que llamaron *La Divina Pastora del Yuruario*), pero fue durante los años de exclaustración cuando los capuchinos introdujeron de manera mucho más intensa esta devoción mariana en tierras de América, principalmente a través de la acción pastoral de los capuchinos Esteban de Adoain y Olegario de Barcelona. Este último edificó en Caracas, capital de Venezuela, una iglesia de grandes dimensiones dedicada a la Divina Pastora que todavía subsiste. En este mismo período histórico los exclaustrados capuchinos mantuvieron en numerosas poblaciones de Cataluña la práctica de esta devoción mariana a través de la constante estampación de *gozos*, *coplas* y *letrillas*, y también con la publicación de novenarios, como el que preparó el capuchino Valentí de Sant Joan de les Abadesses (cf. *Novena de la Divina Pastora, ordenada segons los nou principals oficis d'un bon pastor*, Barcelona, 1852), que ha contado con numerosas ediciones. Pero de un modo mucho más evidente esta devoción a la Divina Pastora se

fomentó y propagó a través de la acción pedagógica y catequética de las religiosas terciarias capuchinas de la Divina Pastora que, en el año 1850, fundó en Ripoll el beato Josep Tous d'Igualada (†1871), exclaustro capuchino.

En el período de la restauración de la vida religiosa los frailes menores capuchinos manifestaron un interés particular para seguir potenciando esta devoción mariana –propia de la tradición capuchina– a través de la predicación de novenarios y a través de las nuevas asociaciones y de las escuelas dominicales puestas bajo el patrocinio de la Divina Pastora. Fue durante esta nueva etapa de restauración y recuperación de los conventos que los religiosos, con afinada intuición artística, encargaron a los mejores escultores del momento imágenes de la Divina Pastora para las iglesias conventuales que iban restaurando como, por ejemplo, la que en 1897 esculpió Josep Llimona para la iglesia de los capuchinos de Sarriá, una imagen novedosa, y muy devota, que recibió el elogio de

la prensa del momento: sobre “la Divina Pastora de la iglesia de Padres Capuchinos, estimamos este grupo escultórico de José Llimona como un ensayo afortunado de imaginería popular”; (cf. *El Sarrianés*, núm. 129, 12 junio 1897, p. 2).

Durante la segunda mitad del siglo XVIII y en los primeros decenios del siglo XIX, muy poco tiempo antes de la exclaustro y supresión de conventos por las leyes de Mendizábal de 1835, los capuchinos catalanes habían confiado la representación de la Divina Pastora a los grandes artistas del momento (el escultor Ramón Amadeu y los pintores Antoni Viladomat, Manuel y Francesc Tramulles). También los capuchinos de Mallorca encargaron las representaciones iconográficas de la Madre del Divino Pastor a prestigiosos artistas locales, como Joan Montaner Cladera y Faust Morell.

Ilustramos esta nota histórica con un grabado popular catalán, estampado al boj, efectuado por algún artista vinculado a los talleres de los hermanos Jaume y Josep Tauló.

El amor mariano en la historia de España

«Un aspecto característico de la evangelización en España, es su profunda vinculación a la figura de María. Por medio de ella, a través de muy diversas formas de piedad, ha llegado a muchos cristianos la luz de la fe en Cristo, Hijo de Dios y de María. ¡Y cuántos cristianos viven hoy también su comunión de fe eclesial sostenidos por la devoción a María, hecha así columna de esa fe y guía segura hacia la salvación!

»Recordando esa presencia de María, no puedo menos de mencionar la importante obra de san Ildefonso de Toledo «*Sobre la virginidad perpetua de Santa María*», en la que expresa la fe de la Iglesia sobre este misterio. Con fórmula precisa indica: «Virgen antes de la venida del Hijo, virgen después de la generación del Hijo, virgen con el nacimiento del Hijo, virgen después de nacido el Hijo».

»El hecho de que la primera gran afirmación mariana española haya consistido en una defensa de la virginidad de María, ha sido decisivo para la imagen que los españoles tienen de ella, a quien llaman «la Virgen», es decir, la Virgen por antonomasia.

»El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María, sobre todo en su Inmaculada Concepción. En ello porfiaban el pueblo, los gremios, cofradías y claustros universitarios, como los de esta ciudad, de Barcelona, Alcalá, Salamanca, Granada, Baeza, Toledo, Santiago y otros. Y es lo que impulsó además a trasplantar la devoción mariana al Nuevo Mundo descubierto por España, que de ella sabe haberla recibido y que tan viva la mantiene. Tal hecho suscita aquí, en el Pilar, ecos de comunión profunda ante la Patrona de la Hispanidad».

Viaje apostólico de Juan Pablo II a España
Zaragoza, 6 de noviembre de 1982

La piedad popular, el precioso tesoro de la Iglesia en América Latina

Fragmento del discurso que pronunció Benedicto XVI en el santuario de Nuestra Señora de Aparecida al final del rezo del Santo Rosario el 12 de mayo de 2007

La piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo y María

LA piedad popular penetra delicadamente la existencia personal de cada fiel y, aunque también se vive en una multitud, no es una «espiritualidad de masas». En distintos momentos de la lucha cotidiana, muchos recurren a algún pequeño signo del amor de Dios: un crucifijo, un rosario, una vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad, un padrenuestro musitado entre lágrimas, una mirada entrañable a una imagen querida de María, una sonrisa dirigida al Cielo, en medio de una sencilla alegría. Es verdad que la fe que se encarnó en la cultura puede ser profundizada y penetrar cada vez mejor la forma de vivir de nuestros pueblos. Pero eso sólo puede suceder si valoramos positivamente lo que el Espíritu Santo ya ha sembrado. La piedad popular es un «imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda». Por eso, el discípulo misionero tiene que ser «sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables». Cuando afirmamos que hay que evangelizarla o purificarla, no queremos decir que esté privada de riqueza evangélica. Simplemente, deseamos que todos los miembros del pueblo fiel, reconociendo el testimonio de María y también de los santos, traten de imitarles cada día más

(...) En la piedad popular se contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal. Es también una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no depende directamente de

la ilustración de la mente sino de la acción interna de la gracia. Por eso la llamamos espiritualidad popular. Es decir, una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera. La piedad popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una «originalidad histórica cultural» de los pobres de este continente, y fruto de «una síntesis entre las culturas y la fe cristiana». En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe. El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de



la Iglesia. Nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el «que me amó y se entregó por mí» (Gal 2, 20). Muchos de ellos golpeados, ignorados, despojados, no bajan los brazos. Con su religiosidad característica se aferran al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su propia dignidad. También encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de María. En ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio. Nuestra Madre querida,

desde el santuario de Guadalupe, hace sentir a sus hijos más pequeños que ellos están en el pliegue de su manto. Ahora, desde Aparecida, los invita a echar las redes en el mundo, para sacar del anonimato a los que están sumergidos en el olvido y acercarlos a la luz de la fe. Ella, reuniendo a los hijos, integra a nuestros pueblos en torno a Jesucristo.

María, discípula y misionera

LA máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de «hijos en el Hijo» nos es dada en la Virgen María quien, por su fe (cf. Lc 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38), es la discípula más perfecta del Señor. Interlocutora del Padre en su proyecto de enviar su Verbo al mundo para la salvación humana, María, con su fe, llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos. (...) Alcanzó así, a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza. Con ella, providencialmente unida a la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4, 4), llega a cumplimiento la esperanza de los pobres y el deseo de salvación. La Virgen de Nazaret tuvo una misión en la historia de salvación, concibiendo, educando y acompañado a su hijo hasta su sacrificio definitivo. Desde la cruz, Jesucristo confió a sus discípulos, representados por Juan, el don de la maternidad de María, que brota directamente de la hora pascual de Cristo: «Y desde aquel momento el discípulo la recibió como suya» (Jn 19, 27). Perseverando junto a los apóstoles a la espera del Espíritu (cf. Hch 1, 13–14), cooperó con el nacimiento de la Iglesia misionera, imprimiéndole un sello mariano que la identifica hondamente. Como madre de tantos, fortalece los vínculos fraternos entre todos, alienta a la reconciliación y el perdón, y ayuda a que los discípulos de Jesucristo se experimenten como una familia, la familia de Dios. En María, nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como asimismo con los hermanos. Como en la familia humana, la Iglesia–familia se genera en torno a una madre, quien confiere «alma» y ternura a la convivencia familiar. María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión. Uno de los eventos fundamentales de la Iglesia es el «sí» que brotó de María. Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos. Por eso la Iglesia, como la Virgen María, es Madre. Esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional o burocrática. María es la gran misionera,

continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió, junto al humilde Juan Diego, el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu. Desde entonces, son incontables las comunidades que han encontrado en ella la inspiración más cercana para aprender cómo ser discípulos y misioneros de Jesús. Con gozo, constatamos que se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente. Las diversas advocaciones y los santuarios esparcidos a lo largo y ancho del Continente testimonian la presencia cercana de María a la gente y, al mismo tiempo, manifiestan la fe y la confianza que los devotos sienten por ella. Ella les pertenece y ellos la sienten como Madre y hermana.

Hoy, cuando en nuestro continente latinoamericano y caribeño se quiere enfatizar el discipulado y la misión, es ella quien brilla ante nuestros ojos como imagen acabada y fidelísima del seguimiento de Cristo. Ésta es la hora de la seguidora más radical de Cristo, de su magisterio discipular y misionero, al que nos envía el papa Benedicto XVI: María Santísima, la Virgen pura y sin mancha es para nosotros escuela de fe destinada a guiarnos y a fortalecernos en el camino que lleva al encuentro con el Creador del Cielo y de la Tierra. El Papa vino a Aparecida con viva alegría para decirles en primer lugar: permanezcan en la escuela de María. Inspírense en sus enseñanzas. Procuren acoger y guardar dentro del corazón las luces que ella, por mandato divino, les envía desde lo alto. Ella, que «conservaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón» (Lc 2, 19; cf. 2, 51), nos enseña el primado de la escucha de la Palabra en la vida del discípulo y misionero. (...) Esta familiaridad con el misterio de Jesús es facilitada por el rezo del Rosario, donde el pueblo cristiano aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibíendolas de las mismas manos de la Madre del Redentor.

Con los ojos puestos en sus hijos y en sus necesidades, como en Caná de Galilea, María ayuda a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de su Hijo. Indica, además, cuál es la pedagogía para que los pobres, en cada comunidad cristiana, «se sientan como en su casa». En nuestras comunidades, su fuerte presencia ha enriquecido y seguirá enriqueciendo la dimensión materna de la Iglesia y su actitud acogedora, que la convierte en «casa y escuela de la comunión».

La devoción de las tres avemarías

BALBINA GARCÍA DE POLAVIEJA

LA práctica de recitar el avemaría tres veces comenzó en la Edad Media. Fue revelada a santa Matilde en el siglo XIII. Mientras cantaba el Avemaría, en los maitines de la Anunciación, de repente vio tres llamas brillantes brotar del Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, los cuales penetraron el Corazón de la Santísima Virgen. Luego escuchó las palabras siguientes: «Después del poder del Padre, la sabiduría del Hijo, y la ternura misericordiosa del Espíritu Santo, nada se aproxima al poder, la sabiduría y la ternura misericordiosa de María».

Preocupada la religiosa benedictina por el buen fin de su vida, rogó insistentemente a la Virgen Santísima que la asistiera a la hora de la muerte, y acogiendo su súplica, la Madre de Dios se le manifestó, diciéndole: «Sí que lo haré; pero quiero que por tu parte me reces diariamente tres avemarías. La primera, pidiendo que así como Dios Padre me encumbró a un trono de gloria sin igual, haciéndome la más poderosa en el cielo y en la tierra, así también yo te asista en la tierra para fortificarte y apartar de ti toda potestad enemiga. Por la segunda avemaría me pedirás que así como el Hijo de Dios me llenó de sabiduría, en tal extremo que tengo más conocimiento de la Santísima Trinidad que todos los santos, así te asista yo en el trance de la muerte para llenar tu alma de las luces de la fe y de la verdadera sabiduría, para que no la oscurezcan las tinieblas del error e ignorancia. Por la tercera, pedirás que así como el Espíritu Santo me ha llenado de las dulzuras de su amor, y me ha hecho tan amable que después de Dios soy la más dulce y misericordiosa,

así yo te asista en la muerte llenando tu alma de tal suavidad de amor divino, que toda pena y amargura de muerte se cambie para ti en delicias».

Esta promesa se extendió en beneficio de todos los que ponen en práctica el rezo diario de las tres avemarías y fue reiterada por la Virgen a santa Gertrudis, a la cual dijo que «quien la venerase en su relación con la Beatísima Trinidad, experimentaría el poder que le ha comunicado la Omnipotencia del Padre como Madre de Dios; admiraría los ingeniosos medios que le inspira la sabiduría del Hijo para la salvación de los

hombres, y contemplaría la ardiente caridad encendida en su corazón por el Espíritu Santo», añadiendo que «a la hora de su muerte me mostraré a él con el brillo de una belleza tan grande, que mi vista le consolará y le comunicará las alegrías celestiales».

La devoción de las tres avemarías fue recomendada y acompañada de indulgencias por el papa Juan XXII en 1318 y se generalizó en toda Europa en la primera mitad del siglo XIV. Desde entonces, muchos santos la han practicado y enseñado, como san Antonio de Padua, san Buenaventura, san Juan Berchmans, san Juan María Vianney, san Estanislao de Kostka, san Luis María Grignion de Montfort, san Gabriel de la Dolorosa, san Juan Bosco y

san Alfonso María de Ligorio. Todos ellos han insistido en que uno de los medios de salvación más eficaz es, indudablemente, la devoción a la Santísima Virgen. San Antonio de Padua enseñaba que el propósito de rezar las tres avemarías era «honrar la virginidad inmaculada de María y conservar una pureza perfecta de la mente, el corazón y el cuerpo en medio de los peligros del mundo». San Leonardo de Port-Maurice rezaba las tres avemarías por la mañana y por la noche en honor de María Inmaculada, para obtener la gracia de evitar todos los pecados



mortales durante el día o la noche; además prometió de una manera especial la salvación eterna a todos aquellos que permanecieran fieles a esta práctica. Después del ejemplo de aquellos dos grandes santos franciscanos, san Alfonso María de Ligorio adoptó esta práctica piadosa y le dio su apoyo entusiasta. Aconsejaba su uso y lo ponía como penitencia para aquellos que no hubieran adoptado esta buena costumbre. El santo Doctor exhortaba, en particular, a padres y confesores el vigilar cuidadosamente que los niños sean fieles en rezar diariamente sus tres avemarías, por la mañana y por la noche, pues «un siervo devoto de María nunca perecerá.»

Es admirable la confianza de los santos en el poder de la Virgen pues, ¿puede haber una práctica más fácil y más adaptable para todos que la recitación diaria de las tres avemarías, que puede durar menos de un minuto? Sin embargo, es una esperanza fundada y de cuya eficacia conocemos cantidad de testimonios. Uno de ellos dice que, en país situado detrás del «Telón de Acero», en el que, en los primeros meses del año 1968, se recrudeció la persecución religiosa, un obispo recibió una misiva comunicándole confidencialmente que se preparaba un atentado contra su vida, por lo cual debía huir sin pérdida de tiempo y ocultarse.

Obedeciendo la consigna recibida, el aludido señor obispo salió de su residencia vestido de aldeano y huyó campo a través, caminando durante todo un día. Cuando le alcanzó la noche, se aproximó a una casa que vio poco distante y pidió a sus habitantes le permitiesen descansar unas horas sentado en una silla. Los ocupantes de la casa —un matrimonio con varios hijos pequeños— acogieron la petición de hospedaje del que consideraron un labriego en camino, pero no sólo le ofrecieron silla, sino que le hicieron cenar con ellos y luego le acomodaron en una habitación con buena cama.

Durante la cena, como notase el huésped gran preocupación y visible tristeza en el matrimonio, no pudo silenciar su observación y preguntó el motivo de tal inquietud y congoja; informándosele entonces de que el anciano padre de uno de ellos no había podido sentarse a la mesa porque estaba enfermo de mucha gravedad desde hacía unos días, y aunque le insistían cariñosamente para que hiciera conveniente preparación para la muerte, por sí el momento de ésta sobreviniera, él les contestaba que todavía no iba a morir, y, por tanto, no se preparaba... Hubo unos breves comentarios del caso, pero ninguno se atrevió a hacer mención del aspecto religioso del asunto.

Retirados a descansar todos y transcurrida la noche, se dispuso el visitante y huésped a proseguir su camino; y al despedirse y dar gracias a quienes con tanta amabilidad le habían tratado, preguntó si le permitían saludar al viejecito enfermo, para comprobar el estado actual de su dolencia, a lo que, gustosamente, se accedió y le acompañaron.

Una vez el labriego se acercó al anciano, y después de una corta conversación afectuosa, éste último, adoptando un gesto y tono decidido, dijo: «Mire usted, yo sé que estoy muy malo y que ya no me restableceré; pero, también sé que por ahora no moriré». Al oírle hablar tan seguro, todos sonrieron al enfermo. Y ante aquellas sonrisas, añadió éste: «Se ríen porque he dicho que tengo la seguridad de que no voy a morir por ahora... Pues bien; lo repito. ¿Y sabe usted por qué?... Mire, yo no sé quién es usted, ni cómo piensa, pero como en la situación en que estoy ya no temo a nadie, le voy a decir la verdad: Mi seguridad se apoya en que soy católico; los años de persecución religiosa no me han quitado la fe; y todos los días he rezado, y rezo, las tres avemarías, pidiéndole a la Virgen María que, a la hora de la muerte, esté asistido por un sacerdote que prepare mi alma para el tránsito, y usted comprenderá que habiéndole rogado tantas veces a la Santísima Virgen eso, la Virgen no consentirá que yo muera sin un sacerdote a mi lado; y como no lo tengo, por eso estoy tan seguro de que por ahora no me muero».

Emocionado el labriego por aquella declaración del ancianito, le tomó la mano y le dijo: «Esa gran fe que ha conservado, y esa súplica diaria a la Madre de Dios, rezándole las tres avemarías, han atraído el favor del Cielo y ha sido la Providencia la que me dirigió hasta aquí... No es un sacerdote lo que la Virgen le manda, sino al obispo de usted... Porque yo soy el obispo de esta diócesis, que va hacia el exilio».

La impresión, y al propio tiempo el gozo, del anciano y sus hijos fue enorme. Tan grande, que no sabían cómo expresar su asombro y su reverencia. Seguidamente, el señor obispo realizó las confesiones, ofició la Santa Misa en la habitación del enfermo, y les dio a todos la comunión; dejando al viejecito espiritualmente dispuesto para emprender su postrer viaje con término en el Cielo, viaje que tuvo lugar dos días después de aquella misa excepcional.

La devoción de las tres avemarías es una de las formas más bellas en que podemos expresar esta confianza ilimitada en la Virgen, que a través de ella se muestra como Madre preocupada por la salvación de todos sus hijos y como Reina poderosa que puede obtenerlo todo de Dios.

Diez puntos clave de la catequesis del Papa sobre la familia

1. «Es en la familia donde aprendemos a abrirnos a los demás, a crecer en libertad y en paz». Audiencia general, 18 de febrero de 2015.

2. «Y ésta es la gran misión de la familia: hacer lugar a Jesús que viene, recibir a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos, porque Jesús está allí». Audiencia general, 17 de diciembre de 2014.

3. «Ser madre no significa sólo traer al mundo un hijo, sino es también una elección de vida: ¿Cuál es la elección de vida de una madre? Es la elección de dar vida. Y esto es grande y bello». Audiencia general, 7 de enero de 2015.

4. «Las madres son el antídoto más fuerte a la difusión del individualismo egoísta. “Individuo” quiere decir “que no puede ser dividido”. Las madres, en cambio, se “dividen” cuando acogen un hijo para darlo al mundo y hacerlo crecer». Audiencia general, 7 de enero de 2015.

5. «Para ser un buen padre, lo primero es estar presente en la familia, compartir los gozos y las penas con la mujer, acompañar a los chicos a medida que van creciendo». Audiencia general, 4 de febrero de 2015.

6. «El padre trata de enseñarle lo que el hijo aún no sabe, corregir los errores que aún no ve, orientar su corazón, protegerlo en el desánimo y la dificultad. Todo ello con cercanía, con dulzura y con una firmeza que no humilla». Audiencia general, 4 de febrero de 2015.

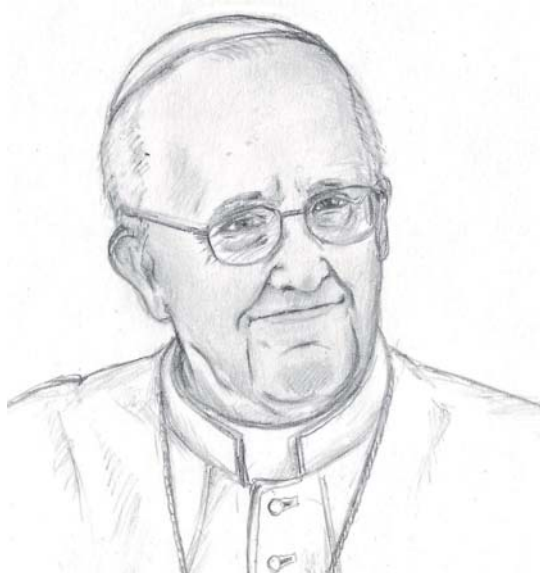
7. «Ser hijos nos permite descubrir la dimensión gratuita del amor, de ser amados antes de haber hecho nada para merecerlo, antes de saber hablar o pensar, e incluso antes de venir al mundo. Es una experiencia fundamental para conocer el amor de Dios». Audiencia general, 10 de febrero de 2015.

8. «Una sociedad que descarta a sus mayores es una sociedad sin dignidad, pierde sus raíces y se marchita; una sociedad que no se rodea de hijos, que los considera un problema, un peso, no tiene futuro». Audiencia general, 10 de febrero de 2015.

9. «¡Qué bello es el aliento que el anciano logra transmitir al joven en busca del sentido de la fe y de la vida! Es verdaderamente la misión de los abuelos, la vocación de los ancianos. Las palabras de los abuelos tienen algo de especial para los jóvenes. Y ellos lo saben». Audiencia general,

11 de marzo de 2015.

10. «Los niños nos recuerdan que somos siempre hijos. Incluso si uno se convierte en adulto o anciano, aun si se convierte en padre, si se ocupa un lugar de responsabilidad, por debajo de todo esto permanece la identidad de hijo. Todos somos hijos. Y eso nos vuelve a llevar siempre al hecho de que la vida no nos la hemos dado nosotros, sino que la hemos recibido». Audiencia general, 18 de marzo de 2015. (Extraído de <http://www.analisisdigital.org/>).



INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Mayo

General: Para que, rechazando la cultura de la indiferencia, cuidemos a los que sufren, en particular a los enfermos y a los pobres.

Por la evangelización: Para que la intercesión de María ayude a los cristianos que viven en contextos secularizados a hacerse disponibles para anunciar a Jesús.

Junio

General: Para que los inmigrantes y los refugiados encuentren acogida y respeto en los países adonde llegan.

Por la evangelización: Para que se suscite en muchos jóvenes el deseo de ofrecerle la propia vida en el sacerdocio o en la vida consagrada.

Ragheed Ganni, mártir de la Iglesia caldea

GUILLERMO PONS PONS

LA Iglesia católica en Irak se halla en una situación angustiosa. «Quieren matarnos. Rezad por nosotros» escribía un religioso al encontrarse entre un grupo numeroso de cristianos asediados, durante uno de los ataques terroristas del ISIL (Estado Islámico de Irak y Levante). La Iglesia caldea de confesión católica es una comunidad muy probada y fuertemente consolidada gracias al testimonio ejemplar de sus mártires. Voy a limitarme a exponer algunos datos sobre la historia de la Iglesia caldea y a presentar la figura de uno de esos heroicos testigos de la fe, el sacerdote Ragheed Ganni.

El domingo después de Pentecostés del año 2007, cuando salía de su parroquia titulada del Espíritu Santo en Mosul (Irak), el padre Ragheed, que acababa de celebrar los Sagrados Misterios fue asesinado, junto con tres ministros que le habían asistido en su última eucaristía. Era él un sacerdote lleno de fe y de generosa e ilusionada entrega a su ministerio que iba desarrollando en medio de una peligrosa situación de su país. Testimonios como el suyo son de un valor extraordinario para los cristianos iraquíes y para toda la Iglesia.

La Iglesia caldea en el Medio Oriente

EL origen de esta iglesia bajo el Patriarca de Babilonia de los Caldeos es antiquísimo. Se formó en Persia y Mesopotamia; en la Alta Edad Media se extendió hasta la India y China, llegando incluso a tener un obispado en Pekín. La lejanía en la que se desarrolló la vida y labor de expansión de la Iglesia de Persia hizo que sus relaciones con la Sede Romana casi no fueran posibles, pero sin que esos cristianos negaran expresamente la jurisdicción universal del Pontífice romano¹. Una de las mayores glorias de estas Iglesias que seguían el rito caldeo en idioma siríaco fue su espíritu misionero, que se vio limitado a causa de la expansión del islam.

La unión definitiva y jurídicamente estable con Roma se fue realizando a partir del siglo XVI hasta el XIX. Actualmente el nombre de Iglesia caldea se aplica únicamente a las iglesias católicas de rito cal-

deo, cuyo patriarca está actualmente establecido en Bagdad y antes lo estuvo en Mosul. Su principal implantación es en Irak, pero tiene también obispados en Irán, Siria, Líbano, y en la diáspora de sus fieles en América del Norte y Australia. Los cristianos separados que siguen este rito prefieren denominarse Asirio-Babilónicos.

La Iglesia caldea establecida en Irak, unida a Roma, ha llegado a gozar de una notable estabilidad y de un ritmo de vida eclesial pujante, con cantidad de sacerdotes jóvenes formados en dos seminarios muy bien dirigidos. Su patriarca estuvo investido de la dignidad cardenalicia, sin dejar de presentarse en la misma Roma con su indumentaria oriental. También muchos sacerdotes jóvenes, como es el caso del sacerdote y mártir Ragheed, han realizado estudios en las universidades romanas. Algunos monasterios y santuarios gozan de mucha estima por parte de los fieles. El pueblo católico de Irak se muestra muy adherido a su fe que ha sabido conservar en medio de una sociedad mayoritariamente musulmana, hasta tiempos recientes con una armonía para todos favorable. De ello podemos ofrecer algunos significativos testimonios.

Monasterios, parroquias y piedad del pueblo

TIENE los caldeos una orden religiosa propia de tradición antoniana en un monasterio llamado de San Hormisdas cerca de Aikös, que está bajo la autoridad del Patriarca y en la cual han ejercido un influjo bienhechor los frailes dominicos. Los monjes cuidan pastoralmente de las aldeas cristianas en donde no haya la presencia de un sacerdote, así como de construir capillas y escuelas.²

Unos monjes que se hallaban expuestos a ataques de los kurdos, hacia 1869 llegaron a un santuario o antiguo eremitorio llamado de Ntra. Sra. de las Simientes y levantaron allí un monasterio con su claustro alrededor del cual mora una comunidad de cincuenta o más monjes que pertenecen a la mencionada congregación del mártir san Hormisdas.³ Es un santuario mariano muy concurrido, donde el

2. Raymond P. ETTELDORF, *La Chiesa Cattolica nel Medio Oriente*, Morcelliana, Brescia, 1960, p. 154–155.

3. Jules LEROY, *Moines et monastères du Proche-Orient*, Horizons de France, Paris 1958, p. 221–222.

1. Cf. Ángel SANTOS, *Iglesias de Oriente*, Sal Terrae, Santander, 1959, p. 339–340.

15 de mayo se celebra una festividad especialmente dedicada a implorar la bendición de la cosecha y también la formación piadosa de los aspirantes al sacerdocio.

En una de las oraciones de esta fiesta de Ntra. Sra. como «guardiana de la cosecha» aparece en la liturgia caldea esta súplica: «¡Oh Cristo, que oías las oraciones de tu Madre cuando estaba en la tierra y que ayudas ahora y oyes en todo momento a los que recurren a ti por su mediación! Ten misericordia de nosotros». Y también se hace esta reflexión: «María es la fuente de auxilio y el refugio de los afligidos en toda la Creación. Y el que celebra las fiestas de María será ayudado por sus plegarias. Gloria a ti, ¡oh Señor, Hijo de Dios, que has honrado a María, tu Madre!»⁴

En un dietario de viaje a Irak, escrito en catalán por el benedictino de Montserrat padre Bonaventura Ubach, muy versado en ciencias bíblicas y lenguas orientales, hallamos reseñadas diversas manifestaciones de la piedad de los católicos caldeos. Ese monje benedictino estaba facultado para celebrar en dicho rito siríaco.

Describe, por ejemplo, las ceremonias del Viernes Santo de 1923, día en que el pueblo pasaba muchas horas en la iglesia asistiendo a unos ritos que rememoraban el horario de la Pasión de Cristo. El obispo en persona se cargaba una cruz sobre sus hombros. A las tres de la tarde se hacía la plegaria de la hora nona y después se ungía una imagen de Cristo yacente. El sermón del obispo duró una hora. La procesión con la imagen del Señor conducido a un altar en recuerdo de su sepultura se realizaba entre nubes del humeante incienso que los sacerdotes llevaban sobre unas patenas.⁵ Los fieles se habían preparado con la recepción de los sacramentos.

Otra referencia que aparece en el dietario del monje benedictino es la de un antiguo relieve con la representación de la Virgen María en brazos del Padre Eterno acompañada de una inscripción que, traducida, dice así: «¡Salve a ti, joven paloma. Desde ti el Señor se ha manifestado a nosotros; ha venido y ha llevado a término las profecías. Oh Pura, es excelsa tu generación y todos los pueblos te proclaman bienaventurada».⁶

4. Cuthbert CUMBINGER, «María en las liturgias orientales», en J. B. CAROL, *Mariología*, BAC, Madrid 1964, p. 231.

5. Bonaventura UBACH, *Dietari d'un viatge per les regions de l'Iraq*, Montserrat 2010, p. 114.

6. *Ibid.*, p. 151.

Persecución y martirio en Irak

HACE pocos años los cristianos en el país de la antigua Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Éufrates, o sea, en la actual nación de Irak llegaban al número de unos dos millones. Ahora no pasan de quinientos mil, y la emigración se va incrementando forzosamente. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Una horrenda persecución realizada a base de atentados. Los cristianos iraquíes no eran de origen extranjero, antes bien constituían la población más antigua de la región. Ellos habían abrazado la fe de Cristo, prácticamente desde la era apostólica.

El éxodo de cristianos, que ya por otras razones se había producido desde principios del siglo xx, ha resultado imparable, tomando proporciones enormes desde la segunda guerra que ha sufrido el país desde el año 2003 al 2011. Y la huida casi forzosa ha continuado después, porque el fin de la guerra no ha llevado la paz, sino que han proseguido continuamente las matanzas y unos constantes ataques especialmente contra los cristianos.

Las iglesias de asirios y las de católicos caldeos son continuamente perseguidas por grupos terroristas más o menos incontrolados. Son iglesias de mártires. Son comunidades que ponen en peligro sus vidas para participar en la Eucaristía y frecuentar los lugares de culto. Merecen que todos pongamos nuestros ojos en estos fieles cristianos, lloremos sinceramente por ellos y elevemos al Cielo nuestras fraternales plegarias. El año de 2013 fue uno de los más luctuosos, como también lo había sido el de 2008, en el que, entre otros cristianos sufrió la muerte el obispo caldeo de Mosul, monseñor Boulos Faray Raho, secuestrado el 13 de marzo de 2008 y asesinado pocos días después.

Todos hemos podido lamentar las últimas celebraciones navideñas teñidas de mucha sangre. Como decía una antigua poetisa romana del siglo iv, Proba Faltonia, en unos versos sobre el nacimiento de Jesús: «Para ti, oh Niño, se esparcirán flores junto a tu primera cuna y a su alrededor en la tierra cubierta de esplendorosos nardos, se mezclarán las colocasias y el delicado acanto»⁷, flores estas últimas no exentas de un simbolismo de dolor.

Un sacerdote lleno de fe y de ilusión apostólica

EL padre Ragheed fue un joven ministro de la Iglesia, cuya vida fue inolada cuando contaba 35 años de edad. Había nacido el 20 de enero de 1972 en Mosul. Se había graduado en ingeniería en su país en 1993. Sintiendo la llamada de

7. Centón de estilo virgiliano: PL19, 810.

Dios, se preparó para el sacerdocio estudiando teología en Roma desde 1996 hasta 2003, obteniendo la licenciatura en teología ecuménica en la universidad de Santo Tomás de Aquino (el *Angelicum*).

Apenas terminado sus estudios, regresó a su tierra, donde ordenado ya sacerdote empezó una labor pastoral muy eficaz con los jóvenes y las familias, fortaleciendo a todos con su entusiasmo cautivador y su confianza en la gracia del Señor. «Tengo la certeza –decía– de que una cosa es verdad siempre: que el Espíritu Santo seguirá iluminando algunas personas para que trabajen por el bien en este mundo tan lleno de mal». La celebración de la santa Misa le infundía esperanza, y por eso decía a los fieles: «Cristo con su amor sin fin desafía el mal, nos mantiene unidos y a través de la Eucaristía nos da nuevamente la vida que los terroristas buscan quitarnos». Fruto de esta espiritualidad tan eucarística era el convencimiento muy arraigado entre los fieles iraquíes de que «sin domingo, sin Eucaristía los cristianos de Iraq no pueden vivir».

Martirio del padre Ragheed Ganni y tres subdiáconos

EL domingo 3 de junio de 2007, fue el día de la última misa de este joven sacerdote. Salía de la iglesia acompañado de tres subdiáconos cuando le salieron al encuentro unos terroristas y entonces se produjo este breve pero muy significativo diálogo: «Te dije que cerrarás la iglesia, ¿por qué no lo haces?, ¿por qué sigues aquí?» le dijeron aquellos individuos deseosos de eliminar la fe cristiana en Irak. El sacerdote les respondió en tono pacífico: «¿Cómo puedo cerrar la casa de Dios?» Los terroristas llevaron fuera del lugar a la esposa de uno de los subdiáconos que estaba cerca de ellos. Entonces sin interrupción dispararon a bocajarro sobre el sacerdote padre Ragheed Ganni y los tres ministros que la habían asistido en la celebración eucarística. Ellos eran Basman Yousef Daud, Wahid Hanna Isho y Gassan Isam Bidawed. Este era el que iba con su esposa. El sacerdote y los tres subdiáconos fueron abatidos a tiros y cayeron derramando su preciosa sangre martirial. Después los terroristas colocaron en torno a los cuerpos cargas explosivas que impe-

dían que los cristianos pudieran acercarse a prestar cualquier ayuda. Sólo muy tarde, ya por la noche, la policía pudo desactivar los explosivos.

La Iglesia caldea inmediatamente los ha llorado como mártires de la fe y el Santo Padre Benedicto XVI en Roma rezó por ellos con la más intensa emoción que sentía tan frecuentemente cuando le llegaban noticias de tantas tragedias que afectan a los cristianos de las iglesias más afligidas y necesitadas de consuelo.

El padre Ragheed el domingo de Ramos anterior, cuando la comunidad cristiana había sufrido un ataque, dijo: «Nos hemos sentido como Jesús cuando entra a Jerusalén, sabiendo que la consecuencia de su amor por los hombres será la cruz. Así nosotros, mientras los proyectiles atravesaban los vidrios de la iglesia, hemos ofrecido nuestro sufrimiento como signo de amor a Jesús». Sería al final del tiempo pascual de aquel mismo año cuando la sangre del martirio confirmaría en plenitud este amor sin límites que le uniría definitivamente al amor de Cristo Salvador.

Un joven musulmán, amigo del padre Ragheed, con quien trató en Roma, al conocer lo ocurrido manifestó su inconsolable tristeza en forma de una carta dirigida a este sacerdote católico asesinado, amigo suyo, en la que decía: «En nombre de Dios, clemente y misericordioso, Ragheed, hermano mío: Te pido perdón, hermano, por no haber estado a tu lado cuando los criminales abrieron fuego contra ti y tus hermanos, pero las balas que han traspasado tu cuerpo puro e inocente, me han traspasado también el corazón y el alma».

San Juan Pablo II reconocía que la gran propagación de la fe cristiana en el primer milenio no se habría verificado «si no hubiera sido por aquella siembra de mártires y por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas» y añadía con esperanza que «al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires»⁸. ¡Que, al iniciarse del tercer milenio, esta floración de martirios tanto en unas iglesias jóvenes como en otras antiquísimas, cual es el caso de la Iglesia caldea, mantenga viva la fidelidad y la esperanza de los cristianos de todo el mundo!

8. *Tertio millennio adveniente*, 37.



Responsabilidad de los laicos: comunión, misión y servicio (III)*

Conferencia del Prof. Dr. Guzmán Carriquiry, secretario a cargo de la vicepresidencia de la Pontificia Comisión para América Latina con motivo del número 1000 de CRISTIANDAD

Partícipes de un misterio de comunión

No se encuentra a Cristo sino por pertenencia a su Cuerpo, a su Pueblo, que es la Iglesia, como repite con frecuencia el papa Francisco. Bien es sabido con cuánto vigor la conciencia del ser Iglesia, de ser reconocidos y reconocerse como miembros vivos del Cuerpo de Cristo, de ser valorizados en su plena ciudadanía en el Pueblo de Dios, suscitó un renovado ímpetu de participación activa y responsable de los fieles laicos en la vida y misión de la Iglesia. Todavía resuena la fuerte exclamación de Pío XII – el Papa de la *Mystici Corporis* – dirigiéndose a los laicos: «¡Sois Iglesia!» Los laicos –repetía luego a los cardenales– «deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia sino de ser la Iglesia».¹

(...) A cincuenta años del Concilio Vaticano II, toda esa densidad de experiencias multiformes de participación de los fieles laicos ha hecho crecer la conciencia y responsabilidad de muchos laicos en la comunión y misión de la Iglesia, ha abierto caminos a su más enriquecedora realización como Pueblo de Dios. Sin embargo, la renovación eclesial fue también surcada por graves formas de contestación, secularización y desafección, sobre todo en una primera fase de prueba, incluso de crisis de fe. No es, pues, por casualidad que la Iglesia invite y proponga hoy a todos los fieles –para confirmar y profundizar los buenos frutos y evitar los malos– a meditar y gustar la densidad, grandeza y belleza del «misterio de comunión» que la constituye y que ella realiza como sacramento de unidad y salvación del género humano.

La Iglesia no es nuestra, sino suya, de Dios, milagro experimentado por los hombres gracias a la potencia salvífica de su presencia. No puede convertirse en objeto exterior, sujeto a nuestra disección analítica y a nuestra libre manipulación. Más que transformarla, nos transforma con sus dones

jerárquicos y carismáticos. El entonces cardenal Joseph Ratzinger afirmaba durante la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo mundial de los Obispos (1985): «Sería un triste espectáculo si finalmente pudiese surgir la impresión de que hemos hablado principalmente de nosotros mismos, de nuestras normas, de nuestros poderes. La Iglesia que habla de sí misma no habla de sí, porque no tiene la propia esencia en sí, sino que se encuentra a sí misma difundiendo en el Señor»². Es lo propio de su naturaleza sacramental. Más aún: es el papa Francisco que nos advierte que no hay que reducir a la Iglesia a la condición de una Organización No Gubernamental de carácter religioso.

(...) Parece una cosa ordinaria –pero, ¡qué decisiva!– invitar a amar a la Iglesia como Madre, que hace presente el Cuerpo de Cristo en medio de los hombres, como esposa en un incomparable misterio de comunión. El papa Francisco nos propone siempre la realidad de la maternidad de la Iglesia y de la Santísima Virgen María como Madre de la Iglesia, madre nuestra. Entonces cambian nuestras perspectivas. La comunión se realiza, no como fruto de hegemonías o transacciones desde una lógica de poder, sino como don de unidad acogido y profundizado en la verdad y en la caridad, significada y garantizada por la comunión afectiva y efectiva con los obispos y con el sucesor de Pedro. (...)

La gratitud y el empeño perseverante, la identidad y el crecimiento de la vida cristiana sólo pueden, en efecto, sustentarse por la incorporación de los fieles en esas comunidades cristianas vivas, nutridas por la frecuente participación en la Eucaristía –fuente y vértice de la *communio*– y al sacramento de la Penitencia, iluminadas por la Palabra de Dios, interiorizadas en la oración, compartidas con los hermanos en la fe y guiadas por la paternidad y el magisterio de sus pastores. Toda comunión y apostolado comienzan y se nutren de rodillas, testimonio y enseña el papa Francisco. Vale para todos los fieles esta advertencia del papa Francisco: «Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Se-

* Tercera y última parte de la conferencia pronunciada por el profesor Guzmán CARRIQUIRY

1. Pío XII, discurso a los nuevos cardenales, 20-II-46.

ñor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración».² «Urge recobrar un espíritu contemplativo», porque una persona que no esté enamorada, convencida, entusiasmada «no convence a nadie».³

¿Acaso vuestra *Schola Cordis Iesu* no ha sido incubada y nutrida por el Apostolado de la Oración?

(...) Partícipes de ese misterio de comunión, siempre en la historia de la Iglesia numerosos fieles se han sentido llamados y atraídos a una vida cristiana exigente en sus ímpetus de santidad y de apostolado, manifestada en muy diversas formas carismáticas, comunitarias, asociativas. Muy especialmente la corriente de «promoción del laicado» ha estado íntimamente vinculada a un vigoroso desarrollo del asociacionismo de los fieles desde fines del siglo pasado hasta nuestra actualidad. No puede extrañar, pues, que el Concilio Vaticano II, en el cuadro iluminante de su eclesiología de comunión y de responsabilidad misionera de todos y cada uno de los bautizados, haya destacado «la importancia de las formas organizadas del apostolado seglar» como respuesta adecuada «a las exigencias humanas y cristianas de los fieles y (...) al mismo tiempo, signo de comunión y unidad de la Iglesia en Cristo». Recomendó también «que se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado» y alentó el desarrollo asociativo a nivel internacional, reafirmando explícita y netamente «el derecho de los fieles a fundar y guiar asociaciones» en la comunión⁵. Hoy la Iglesia católica cuenta, para bien de su comunión y misión, con el florecimiento de numerosos y diversos dones y carismas, ímpetus de santidad, que animan asociaciones apostólicas, movimientos eclesiales, nuevas comunidades, fraternidades laicales vinculadas al carisma de órdenes religiosas, organismos cristianos de voluntariado...

Una conversión misionera

SI en los años sesenta el Concilio Vaticano II advertía que «multitudes crecientes se alejan de la religión»⁴, veinte años después, la exhortación apostólica *Christifideles laici* no daba espacio a fáciles optimismos: «Enteros países y naciones, en los que un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes (...) están hoy día sometidos a dura prueba e incluso alguna vez que otra son radicalmente transformados por el conti-

nuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo». Grandes masas de hombres viven «como si Dios no existiese». Pero también «en otras regiones o naciones (en que) todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y religiosidad popular cristiana» ese «patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impulso de múltiples procesos, entre los que se destacan la secularización y la difusión de las sectas»⁵. «El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia —se afirma aún en la carta encíclica *Redemptoris missio*— aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado»⁶. Si millones y millones de hombres esperan aún una primera evangelización, una «nueva evangelización» es necesaria —y no de menor ímpetu misionero, ni de menor urgencia, audacia y novedad— para hacer reflorar la vida cristiana allí donde avanza la desertificación de una convivencia humana sometida a los ídolos del poder, de la riqueza y del placer.

Ante tremendos desafíos, las primeras palabras de Juan Pablo II —«Abrid las puertas a Cristo... A su potestad salvadora, abrid las fronteras de los estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. No tengáis miedo...», eran el prelude de un tiempo intensamente misionero⁷. ¿No era ésa, acaso, la profunda intencionalidad del Concilio Vaticano—actualización del mandato misionero de Cristo a su Iglesia, que Pablo VI destacaba en su discurso inaugural del cuarto periodo de sesiones cuando decía: «la Iglesia, en este mundo, no es un fin en sí misma; está al servicio de todos los hombres; tiene que hacer presente a Cristo a todos, individuos y pueblos, lo más ampliamente, lo más generosamente posible; ésta es su misión... »⁸ (...) Diez años después de la conclusión del Concilio, la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* confirmaba y recentraba esta intencionalidad misionera con su estupenda perspectiva de la evangelización de la cultura y las culturas del hombre. Se requiere una «nueva evangelización»: así lo han reiteradamente recordado Juan Pablo II y Benedicto XVI. No ciertamente un «nuevo Evangelio», pero sí la novedad inagotable del Evangelio de siempre —en la insondable riqueza

5. *Christifideles laici*, 34.

6. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 3.

7. JUAN PABLO II, homilía durante la misa de inauguración oficial del pontificado, 22-X-1978. en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», I, 1978.

8. PABLO VI, alocución de inauguración del IV periodo de sesiones del Concilio Vaticano II, 14.9.1965, en «*Insegnamenti di Paolo VI*», Vol. III, Tipografía Poliglotta Vaticana, p. 460.

2. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 262.

3. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 264, 266.

4. *Gaudium et spes*, 7.

za de Cristo— testimoniado y anunciado por «hombres nuevos» y «mujeres nuevas», con nuevo ardor, nuevos métodos y expresiones, para responder a los nuevos desafíos que se plantean en las más diversas situaciones y culturas del hombre.

En el actual pontificado, especialmente en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, se advierte como un muy renovado, urgido y determinado «dinamismo de salida» de la Iglesia, zafada de toda autosuficiencia, de todo ensimismamiento, de toda autorreferencialidad eclesial, de todo repliegue temeroso, de todo refugio autocomplaciente. No hay que quedarse esperando dentro de los recintos eclesiales. Salir, salir, salir, es el verbo más frecuente como invitación del papa Francisco: salir e ir al encuentro, con la certeza de que el Evangelio de Cristo, en su núcleo fundamental y resplandeciente que «es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado»⁹, se encuentra la respuesta sobreabundante y satisfactoria a las necesidades y exigencias constitutivas de la persona humana.

(...) El pontificado del papa Francisco despliega un corazón misionero, especialmente hacia los alejados de la Iglesia. Se trata de salir a buscar las 99 ovejas que se han perdido y no quedarse con la sola oveja que está en el recinto. Las proporciones de esa parábola se han invertido enormemente. El Santo Padre conduce a la Iglesia a salir de sí misma e ir a las periferias, no sólo geográficas sino también a las periferias existenciales, allí donde Dios parece «ausente» y está en juego la vida de la persona. Es obra de una santa paciencia, pues consciente que el Espíritu de Dios siempre nos «primerea»: es Él el verdadero protagonista de la evangelización, que nos precede en los corazones de las personas y en la cultura de los pueblos.

(...) Es tiempo de la misericordia. «Confesar que el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana significa que cada persona humana ha sido elevada al corazón mismo de Dios», escribe el papa Francisco en la «*Evangelii gaudium*»¹⁰. El Sagrado Corazón de Jesús —nos decía el Papa— «máxima expresión del amor divino (...) es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios; pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente, de la que ha brotado la salvación para la humanidad. (...) Esta compasión es el amor de Dios por el hombre, es la misericordia, o sea, la actitud de Dios en contacto con la miseria humana, con nuestra indigencia, nuestro sufrimiento, nuestra angustia».¹¹ La misión implica y requiere com-

penetrarse, por esa connaturalidad afectiva que da el amor, con la alegría y esperanza, sufrimientos y angustias de las personas, las familias, el propio pueblo, estando siempre cercanos en el cariño y la ternura, en la misericordia y solidaridad. Para el Papa es un ir de corazón a corazón. Y la gente se siente «tocada» por una misericordia misteriosa y desbordante que el Papa vive y comunica en primera persona.

No es la misión una actividad específica que se agrega a la vida ordinaria de los fieles laicos. No se reduce a un programa, a una estrategia, y menos aún, a una operación de «marketing» para hacer más vendible el producto. El papa Francisco retoma y repite frecuentemente una expresión del papa Benedicto XVI: se puede afirmar que la misión no se realiza por proselitismo sino por atracción, a modo de ósmosis, de persona a persona, gracias al testimonio lleno de gratitud y alegría de quienes, conscientes de haber recibido un gran don, experimentado éste en toda su verdad, belleza y bondad para la propia vida, sienten la urgencia de compartirlo generosamente con todos los que encuentran en los más diversos ambientes y circunstancias. La misión no es otra cosa que compartir el don del encuentro con Cristo. Lo que nos ha sido dado gratuitamente, gratuitamente es compartido, proponiéndolo a la libertad de nuestros prójimos por amor a su vida y a su destino. (...) Sólo ante el testimonio de la caridad —adorar a Dios y servir a los otros— se siente la necesidad de la que habla el profeta Zacarías: «Queremos venir con vosotros». Por eso es tan importante que la Iglesia haga ver de sí, en modo cada vez más transparente e irradiante, el misterio de Dios que ella alberga, porque sólo la belleza de Dios fascina y atrae. «La misión nace precisamente de esta fascinación divina, de este estupor del encuentro», concluía el papa Francisco en su alocución al episcopado brasileño en San Pablo.¹²

Ámbitos fundamentales de evangelización y vida nueva

HAY cinco ámbitos muy importantes para el testimonio cristiano de los fieles laicos, para su presencia misionera, evangelizadora, y para la construcción de nuevas formas de vida más dignas, más humanas en las que se puedan entrever los signos del Reino de Dios presente y operante:

— *La familia*, arraigada en el sacramento del matrimonio entre hombre y mujer, comunidad de

9. *Evangelii gaudium*, 36.

10. *Evangelii gaudium*, 178.

11. FRANCISCO, Angelus, 9.VI.2013.

12. FRANCISCO, Alocución al episcopado brasileño, 26.VI.13.

amor y vida, célula fundamental del tejido humano y social, escuela de humanidad, llamada a ser «Iglesia doméstica», lugar fundamental de educación de las nuevas generaciones, hoy día más que nunca cuestionada y agredida en su naturaleza, unidad y misión.

– *El trabajo*, como co-creación, signo de crecimiento de dignidad, ámbito de solidaridad y santificación, hoy día impactado por aceleradas y profundas transformaciones y sometido a crecientes y dramáticas situaciones de desempleo y difundidas situaciones de precariedad, sobre todo entre los jóvenes.

– *La política*, como alta expresión de la caridad, servicio al bien común, necesitada de rehabilitación en su dignidad, hoy día controlada por corporaciones auto-referenciales y degenerada en la mera lucha y gestión del poder.

– *La educación*, sobre todo de los jóvenes, porque todo comienza y depende de la conciencia del «yo» de la persona, de su libertad y responsabilidad, de su crecimiento integral, del capital humano y social; dimensión hoy día muy descuidada por una sociedad –y por sus malos maestros– que no sabe educar y renuncia incluso a su responsabilidad educativa.

– *La cultura*, como conciencia crítica de la experiencia humana que se despliega en los areópagos universitarios, de la investigación científica, de las innovaciones tecnológicas, de las corrientes filosóficas e ideológicas, de las creaciones artísticas y de las comunicaciones sociales, necesitada de criterios de juicio que valoricen la razón en todas sus dimensiones, sin reducirla a racionalismo, abierta al misterio y potenciada por la fe.

Constructores de nueva sociedad

PABLO VI había sentido la necesidad, a diez años del Concilio, de urgir el compromiso de los fieles laicos en esa «forma singular» de evangelización¹⁸, que es la de informar con el espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras en las cuales ellos viven.

Toca especialmente a los laicos llevar el testimonio evangélico, la presencia de la Iglesia, el anuncio y la experiencia de una vida nueva y buena, el servicio concreto de la caridad, al encuentro de las necesidades y esperanzas en la vida cotidiana de sus

prójimos. Inculturando una fe vivida y compartida, tienen que manifestar, con sus obras, que el Evangelio de Cristo es «fuerza de libertad y mensaje de liberación»¹³; es «Buena Nueva sobre la dignidad de la persona humana»¹⁴, comenzando por el derecho a la vida, a la libertad religiosa, a la libertad educativa y asociativa; es caridad que sostiene y hace más grande toda auténtica solidaridad entre los hombres; es solidaridad preferencial con los que viven más agudamente el misterio de la Cruz, llevando en su carne las llagas de la humanidad: los enfermos y abandonados, los pobres y oprimidos, los desocupados, los privados de su libertad y derechos, los que sufren la guerra y el hambre... Tienen que demostrar históricamente hoy que la fe cristiana es la propuesta más plenamente humana, más a medida de la totalidad de la vocación, de la experiencia y del destino de los hombres, mucho, muchísimo más, que cualquier ideología humana.

Hoy, más que nunca, la Iglesia y los cristianos son –y cada día deben serlo más y más– protagonistas en las grandes tareas para custodiar y promover la vida, la razón, la libertad, una ecología humana de convivencia, los grandes ideales de paz y justicia, la esperanza de los hombres y los pueblos. «Nuestra propuesta es el Reino de Dios –escribe el Papa en su exhortación *Evangelii gaudium*–: se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él reine entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos».¹⁵

(...) Pongamos todas estas intenciones en el corazón inmaculado de la Virgen María, ese «corazón de madre –dice el papa Francisco– que ha compartido al máximo la ‘compasión’ de Dios, especialmente a la hora de la pasión y de la muerte de Jesús», Madre de la Iglesia y madre nuestra, que nos abraza con su amor maternal, compasivo y lleno de ternura, en nuestro peregrinar terrestre, e intercede ante su Hijo en el Cielo por nuestra salvación. Y pidamos también la intercesión de san José y de santa Teresita del Niño Jesús, patronos de Schola Cordis Iesu, a quienes el papa Francisco tiene también muy especial y profunda devoción.

13. Congregación para la Doctrina de la Fe, instrucción *Libertatis nuntius*, 1.

14. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 7.

15. *Evangelii gaudium*, 180; angelus, 9.VI.2013.





IGLESIA PERSEGUIDA

Kenia: el Jueves Santo de los mártires

JOSUÉ VILLALÓN ÁLVAREZ

KENIA es una de las potencias del continente africano favorecida por la estabilidad política y el comercio. La cuna de la conocida tribu africana de los Masai, comenzó a sufrir el terrorismo yihadista en el año 1998 cuando la embajada de Estados Unidos en Nairobi, la capital, sufrió un duro atentado en el que perdieron la vida más de doscientas personas. Fue entonces cuando comenzó a sonar internacionalmente el nombre de Al Qaeda, el grupo al que se le atribuyó el atentado, hasta entonces desconocido en Occidente. El pasado Jueves Santo, 2 de abril, Kenia vivió otro duro golpe. Esta vez el objetivo fue la Universidad de Garissa al norte del país, donde los terroristas en este caso del grupo Al Shabab entraron con armas y asesinaron a 148 personas a las que antes preguntaron si eran cristianas. Jueves Santo, día de la Última Cena, se convirtió en el día del martirio de 148 almas que dijeron su último «Sí» a Cristo.

Según el Informe Libertad Religiosa 2014 editado por *Ayuda a la Iglesia Necesitada*, Kenia no tiene religión de Estado, en teoría permite la libertad de culto, reconocida en su constitución. Existe libertad para que los grupos religiosos desarrollen sus actividades, construyan lugares de culto y para que los habitantes se conviertan a otra religión. Se respeta el papel de la religión en la vida de las personas y no se permite la exclusión por motivos religiosos.

Sin embargo, los musulmanes creen que su libertad de culto está amenazada. La población del norte y de las zonas costeras del país, que siguen mayoritariamente el islam, afirman que están discriminados y olvidados. Se quejan de que se han hecho pocas inversiones en la zona y de que los servicios que reciben son escasos. Algunos musulmanes denuncian que son el objetivo de las fuerzas de seguridad a causa de sus convicciones religiosas. Los grupos islámicos aseguran que la acción policial se dirige a librarse de los letrados musulmanes polémicos. Esta es la razón por la que se ha comenzado a menospreciar al Gobierno central y por la que los grupos extremistas encuentran un caldo de cultivo entre los jóvenes, a los que entrenan como muyaidines, defensores del islam.

Esta situación ha llevado a un ataque directo contra la libertad religiosa. Radicales musulmanes han amenazado a los «infieles», cristianos y miem-

bros de otras religiones, en las redes sociales. En muchos casos, los feligreses de la Iglesia han tenido que ser protegidos por empresas de seguridad para asistir a los servicios religiosos. Por eso, las conversiones del islam a la fe cristiana son pocas y secretas, aunque muy necesarias.

El padre Daniel Villaverde, misionero comboniano, durante más de veinte años en Kenia reconoce que la región del norte es un lugar complicado. La labor de los misioneros allí es principalmente atender pastoralmente a las pequeñas comunidades repartidas en un amplio territorio semidesértico. También tienen escuelas, dispensarios médicos y proyectos de desarrollo entre la población para mejorar su situación, ya sean cristianos y musulmanes. «La convivencia siempre ha sido buena», asegura el padre Villaverde, pero la presencia de grupos radicales procedentes de Somalia y otros países mayoritariamente musulmanes, entre ellos Al Shabab, ha provocado que últimamente los cristianos tengan que celebrar la misa en las iglesias principales entre fuertes medidas de seguridad, «hay policía armada a la entrada del templo y cachean a todo el que quiera entrar».

Grupos como el Consejo Interreligioso, el Consejo Supremo de Musulmanes y el Consejo Nacional de Iglesias de Kenia, han emprendido modestas iniciativas sobre temas sociales y de seguridad. Algunas de sus declaraciones han ayudado a reducir la tensión y evitar venganzas. Pero en ocasiones la religión se instrumentaliza para extender ideologías políticas de poder que generan divisiones.

Las tensiones religiosas y étnicas se incrementaron a partir de las elecciones presidenciales de 2013. Uhuru Kenyatta, de la Alianza Nacional y que había sido imputado por crímenes de lesa humanidad, se alza con la victoria. Esto dio paso a una creciente campaña del Ejército de Kenia contra las fuerzas islamistas de Al Shabab en Somalia, donde los soldados kenianos se sumaron a otras fuerzas militares africanas contra los grupos yihadistas y los piratas somalíes. La presión del Ejército de Kenia provocó nuevas acusaciones de malos tratos a los ciudadanos musulmanes, hasta el punto de que cientos de ciudadanos del norte de Kenia se han visto desplazados a Somalia, donde hay uno de los campos de refugiados más grandes del mundo. La



El cardenal arzobispo de Nairobi, Mons. John Njue hablando con un grupo de católicos

acción militar de Kenia sobre Somalia es otro de los factores de que se haya convertido en el objetivo de grupos yihadistas como Al Shabab. Lorenzo Muthee, keniano y misionero del Verbo Divino, asegura en una conversación con la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada, que «es un problema internacional y la colaboración internacional es fundamental para ayudar a frenar el avance yihadista». Su congregación trabaja también en la zona norte del país en proyectos de desarrollo abiertos a musulmanes y cristianos. Lorenzo reconoce que en este conflicto «los líderes musulmanes tienen que hacer mucho más».

El atentado del pasado Jueves Santo desgraciadamente no ha sido el único. El ataque contra el centro comercial Westgate en septiembre de 2013, situado en un barrio rico de la capital de Nairobi, fue perpetrado por radicales islamistas de origen también somalí. Pretendían castigar así al Gobierno de Kenia por apoyar a la Misión de la Unión Africana en Somalia. Entonces las víctimas fueron personas de todo tipo y condición. Pero en los últimos meses los objetivos han sido los cristianos, buscando de nuevo dividir a la población. En noviembre del año pasado Al Shabab reivindicó el ataque a un autobús en el que se hizo una selección entre los pasajeros que eran cristianos y fueron ejecutados, en total 28 personas. Sólo un mes después se repitió el mismo *modus operandi* en unas canteras cerca de Mandera, casi en la frontera con Somalia. Este ataque se saldó con la vida de 36 trabajadores cristianos.

Por lo tanto, los cristianos están enormemente preocupados por su seguridad. Sus dirigentes afirman que muchos viven atenazados por el miedo. Los atentados puntuales han desencadenado un estado de tensión que

ha llegado a pocos pero graves conatos de violencia. Estos enfrentamientos han provocado el asesinato de un líder musulmán y dos pastores, así como el incendio de una iglesia tras unos disturbios provocados por el asesinato de un letrado musulmán.

Pero los ciudadanos musulmanes de Kenia también se sienten víctimas de un estado generalizado de conspiración. Cualquier incidente o arresto llevado a cabo por las agencias de seguridad, provoca reacciones violentas en pocas horas. Los musulmanes perciben una grave lucha interna entre grupos radicales. Éstos invocan la *yihad* contra los no creyentes de la región y dirigentes más moderados que quieren vivir en armonía y diálogo con el resto.

La región norte está experimentando corrientes secesionistas, algunas por motivos religiosos. Los movimientos que lo fomentan están vinculados a grupos islamistas que intentan cortar vínculos con las autoridades centrales, a las que acusan de discriminarlos a ellos y a su cultura. «Podemos decir que la sociedad keniana no se ha dejado engañar por el terrorismo y está unida contra la violencia», asegura el padre Daniel Villaverde. Este último atentado ha dejado a toda sociedad keniana conmocionada y quieren unirse para evitar más derramamientos de sangre. Ojalá el testimonio de estos mártires de Kenia sirva para frenar la violencia y acrecentar la fe de la Iglesia en el país africano, para que siga siendo garante de paz. 148 hermanos nuestros han dado la vida por Cristo, su ejemplo de amor ahora quiere dar el relevo a las nuevas generaciones, que la religión no sea motivo de discordia sino de unidad, como Cristo venció al odio en su muerte en la cruz.



Las fundaciones

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ

Santa Teresa de Jesús o la osadía de una hormiga

EN veinte años fundó en total 17 conventos, sin un maravedí en su haber, ni unas posesiones, ni tesoros escondidos. Tan sólo la certeza de que Dios lo quiere y de que Él proveerá: Ávila (1562), Medina del Campo (1567), Malagón (1568), Valladolid (1568), Toledo (1569), Pastrana (1569), Salamanca (1570), Alba de Tormes (1571), Segovia (1574), Beas de Segura (1575), Sevilla (1575), Caravaca de la Cruz (1576), Villanueva de la Jara (1580), Palencia (1580), Soria (1581), Granada (1582) y Burgos (1582), ambos en el año de su muerte.. Una proeza que la hace posible sólo Dios cuando se olvidan temores, prudencias humanas y mil miramientos pusilánimes. Clave para los verdaderamente activos.

Santa Teresa, en el capítulo 2 del libro de las *Fundaciones*, en el último párrafo, se dirige a Dios con estas palabras de agradecimiento y de admiración: «¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas, así, Dios mío, no obráis vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién más amigo de dar, si tuviese a quién, ni de recibir servicios a su costa? Plega a Vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno y no tenga más cuenta que dar de lo mucho que he recibido, amén.»

Sólo quien conozca el interior encendido en amores que ardía en su corazón puede comprender el desbordamiento de su afán apostólico y la entrega y donación de su vida, tan debilitada por enfermedades corporales y mil contratiempos de toda índole, hasta el último aliento (octubre de 1582) a las puertas de fundar en Madrid y en tantas otras ciudades que estaban pidiendo nueva fundación, como es el caso de Pamplona.

Mujer andariega e infatigable con la reciedumbre del austero espíritu de su tierra castellana, fuerte e inasequible al desaliento. Retóricas de ocasión insuficientes, palabras vacías. Nada. No fue así. La grandeza de Teresa fue su entrega absoluta a la voluntad de Dios porque es entonces cuando una hor-

miga se llena de la osadía de los gigantes. Teresa sólo quería apartamiento y soledad y sin embargo tenía que salir, con gran pesar, de su recogimiento para servir en algo a su Señor, que así lo disponía. Llevaba celosías, rejas y muros pero en su persona, cubierta la cara con el velo negro, y siguiendo la vida escondida del monasterio, en las duras condiciones de las carretas cubiertas que ni protegían de la lluvia ni suavizaban el rigor del sol por los caminos polvorientos o en miserables posadas de España, al son de la campanilla que señalaba con sus toques, los rezos del convento improvisado.

Verdadera epopeya, califica Víctor García de la Concha al Libro de las *Fundaciones* y al de la *Vida*. Es una narración épica en que luchan Jesucristo y Satanás. Los demás, vasallos de un Señor o del otro. Santa Teresa sirve a su Señor con la lealtad de quien ama.

El fragmento que he seleccionado pertenece a los puntos 7 y 8 del capítulo primero de las *Fundaciones*. En él se resume lo que con detalle narra y describe a lo largo de su libro y adelanta lo que aparecerá constantemente en todas sus fundaciones: 1º la presencia de Jesucristo que a la vez que avala a Teresa y a sus colaboradores lo hace con un respeto sobrecogedor de la libertad de cada persona: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» 2º El poder de la oración. 3º El ímpetu misionero que animaba sus empresas fundacionales. América, no sólo Europa o España. El nuevo continente, descubierto recientemente, el Nuevo Mundo en que media España estaba volcada, (allí han emigrado sus hermanos: Rodrigo, Lorenzo, Pedro, Hernando, Jerónimo, Antonio y Agustín de Ahumada, el más pequeño. Son muy interesantes las cartas entre ellos) tiempo en que se está desarrollando la evangelización Teresa suspira por participar en ese impulso misionero «Fuíme a una ermita con hartas lágrimas. Clamaba a nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio». Extender la Iglesia, convertir almas para Cristo, le producía mayor emoción que el buen ejemplo de los martirios de los santos. Hormiga gigante que hace comprensible el cuidado que Dios tiene por los hombres y el misterio de la Cruz y de la redención.

«7. A los cuatro años, (me parece era algo más), acertó a venirme a ver un fraile franciscano, llama-



do fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias poco había. Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, e hízonos un sermón y plática animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la pérdida de tantas almas, que no cabía en mí. Fuíme a una ermita con hartas lágrimas. Clamaba a nuestro Señor,

suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más. Había gran envidia a los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes. Y así me acaece que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen, por ser ésta la inclinación que nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer.

8. Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche, estando en oración, representóseme nuestro Señor de la manera que suele (9), y mostrándome mucho amor, a manera de quererme consolar, me dijo: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas». Quedaron tan fijadas en mi corazón estas palabras, que no las podía quitar de mí. Y aunque no podía atinar, por mucho que pensaba en ello, qué podría ser, ni veía camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada y con gran certidumbre que serían verdaderas estas palabras; mas el medio cómo, nunca vino a mi imaginación. Así se pasó, a mi parecer, otro medio año, y después de éste sucedió lo que ahora diré». (*Fundaciones* capítulo 1º, puntos 7 y 8)

El papa Francisco recomienda la devoción josefina de santa Teresa

«Y, de modo especial, ruego a santa Teresa que nos regale la devoción y el fervor que ella tenía a san José. Harto bien haría que los que pasan por la prueba del dolor, la enfermedad, la soledad, quienes se sienten agobiados o entristecidos recurrieran a este insigne Patriarca con el amor y la confianza con que lo hacía la Santa. Te confieso, querido hermano, que a menudo le hablo a san José de mis preocupaciones y problemas y, como ella, “no me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer... A otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra –que como tenía el nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar–, así en el Cielo hace cuanto le pide” (*Vida* 6,6). “Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles... Muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder”, dice una antigua oración inspirada en la experiencia de la Santa».

Mensaje del Papa en el quinientos aniversario de santa Teresa, 28 de marzo de 2015



Fe y cultura frente al matrimonio

CARDENAL CARLO CAFFARRA

CREO necesario aclarar los términos, para así poder indicar con rigor conceptual cuál es exactamente el tema de mi reflexión.

Fe: entiendo la «*fides quae*» acerca del matrimonio. Es sinónimo de «evangelio del matrimonio», tanto en el sentido objetivo –lo que el Evangelio propone sobre el matrimonio–, como en el sentido subjetivo –el Evangelio, la buena nueva que es el matrimonio–. Quiero subrayar que mi reflexión no trata sobre la doctrina de la fe acerca del matrimonio considerada *per se*, sino acerca de su modo de ser comunicada en un ámbito cultural concreto, el occidental. En resumen: reflexionaré sobre la comunicación de la propuesta cristiana respecto al matrimonio dentro de la cultura occidental.

Y paso al segundo término: cultura. Con él entiendo la visión compartida del matrimonio hoy en Occidente. Por visión entiendo el modo de ver el matrimonio, expresado sobre todo en los ordenamientos jurídicos de los estados y en las declaraciones de los organismos internacionales.

Y entro ya en argumento, dividiendo mi reflexión en tres tiempos.

En el primero intentaré trazar la condición cultural por la que atraviesa el matrimonio actualmente en Occidente.

En el segundo intentaré individuar los problemas fundamentales que esta condición cultural plantea a la propuesta cristiana sobre el matrimonio.

En el tercero indicaré algunas modalidades fundamentales con las que se debe proponer, hoy, el Evangelio del matrimonio.

Condiciones del matrimonio

El famoso verso de Virgilio «*Rari nantes in gurgite vasto*» fotografía perfectamente la condición del matrimonio en Occidente. El edificio del matrimonio no ha sido destruido; ha sido deconstruido, desmontado pieza a pieza. Al final tenemos todas las piezas, pero el edificio ya no existe.

Siguen existiendo todas las categorías que constituyen la institución matrimonial: conyugalidad; paternidad–maternidad; filiación–fraternidad. Pero ya no tienen un significado inequívoco.

¿Por qué y cómo ha sucedido esta deconstrucción?

Empecemos descendiendo en profundidad y constatemus que está en marcha una institucionalización del matrimonio que prescinde de la determinación biosexual de la persona. Al separarlo totalmente de la sexualidad propia de cada uno de los cónyuges, el matrimonio es cada vez más una posibilidad. Esta separación ha llegado al punto de incluir también la categoría de la paternidad–maternidad.

La consecuencia más importante de esta «desbiologización» del matrimonio es su reducción a mera emoción privada, sin una relevancia pública fundamental.

El proceso que ha llevado a la separación de la institución matrimonial de la identidad sexual de los cónyuges ha sido largo y complejo.

El primer momento está constituido por el modo de ver la relación de la persona con el propio cuerpo, un tema que siempre ha acompañado al pensamiento cristiano. Permítanme que describa cómo han ido las cosas utilizando una metáfora.

Hay alimentos que una vez ingeridos pueden ser metabolizados sin crear problemas, ni inmediatos ni remotos; ni causan indigestión, ni aumentan el colesterol. Hay alimentos que ingeridos son de difícil digestión. Por último, hay alimentos que son dañinos para el organismo, también a largo plazo.

El pensamiento cristiano ha ingerido la visión platónica y neoplatónica del hombre y esta decisión ha creado graves problemas de «metabolismo». Como les gustaba decir a los teólogos medievales, el vino de la fe corría el riesgo de transformarse en el agua de Platón, en lugar de que el agua de Platón se transformase en el vino de la fe.

Agustín vio clara y profundamente que la dificultad estaba en la «*humanitas–humilitas Verbi*», en su haberse hecho carne, cuerpo.

La dificultad propiamente teológica no podía no convertirse también en dificultad antropológica precisamente en lo que concierne a la relación persona–cuerpo. La gran tesis de santo Tomás que afirmaba la unidad sustancial de la persona no ha resultado vencedora.

Segundo momento. La separación del cuerpo de la persona encuentra un nuevo impulso en la metodología propia de la ciencia moderna, la cual expulsa de su objeto de estudio cualquier referencia a la subje-

tividad, en cuanto grandeza no mensurable. El recorrido de la separación del cuerpo de la persona puede considerarse sustancialmente concluido: la reducción, la transformación del cuerpo en puro objeto.

Por un parte el dato biológico es expulsado progresivamente de la definición de matrimonio; por la otra, y en consecuencia de lo que concierne a la definición de matrimonio, se convierten en esenciales las categorías de una subjetividad reducida a pura emotividad.

Me detengo un poco sobre esto. En sustancia, antes del cambio «desbiologizante», el «genoma» del matrimonio y la familia estaba constituido por la relación entre dos relaciones: la relación de reciprocidad (la conyugalidad) y la relación intergeneracional (la genitorialidad). Las tres relaciones eran intrapersonales: estaban pensadas como relaciones radicadas en la persona, que no se reducían ciertamente al dato biológico, sino que el dato biológico era asumido e integrado dentro de la totalidad de la persona. El cuerpo es un cuerpo–persona y la persona es una persona–cuerpo.

Ahora la conyugalidad puede ser tanto heterosexual como homosexual; la genitorialidad puede ser obtenida con un procedimiento técnico. Como ha demostrado justamente Pier Paolo Donati, estamos asistiendo no sólo a un cambio morfológico, sino a un cambio del genoma de la familia y del matrimonio.

Problemas planteados al Evangelio del matrimonio

EN este segundo punto desearía individuar los problemas fundamentales que esta condición cultural plantea a la propuesta cristiana del matrimonio.

Pienso que no se trata en primer lugar de un problema ético, de conductas humanas. Las condiciones por las que atraviesan hoy el matrimonio y la familia no pueden ser afrontadas con exhortaciones morales. Es una cuestión radicalmente antropológica la que se plantea al anuncio del Evangelio del matrimonio. Me gustaría concretar en qué sentido.

La primera dimensión de la cuestión antropológica es la siguiente: es sabido que según la doctrina católica el matrimonio sacramento coincide con el matrimonio natural. La coincidencia entre los dos pienso que ya no se puede poner hoy teológicamente en duda, si bien con y después de Duns Scoto –el primero que la negó– se discutió sobre esto durante mucho tiempo en la Iglesia latina.

Ahora bien, lo que la Iglesia entendía, y entiende, por «matrimonio natural» ha sido demolido en la cultura contemporánea. Permítanme que diga que se le ha quitado «materia» al sacramento del matrimonio.

Teólogos, canonistas y pastores se están pregun-

tando, justamente, sobre la relación fe–sacramento del matrimonio. Pero existe un problema más radical. Quien pide casarse sacramentalmente, ¿es capaz de casarse naturalmente? Su humanidad, no sólo su fe, ¿está tan devastada que ya no es capaz de casarse? Ciertamente, hay que tener presentes los cánones 1096 («Es necesario que los contrayentes no ignoren al menos que el matrimonio es un consorcio permanente entre un varón y una mujer, ordenado a la procreación») y 1099. Sin embargo, la «*praesumptio iuris*» del § 2 del canon 1096 («Esta ignorancia no se presume después de la pubertad») no debe ser ocasión para eximirse de la condición espiritual en la que muchos se encuentran en lo que concierne al matrimonio natural.

La cuestión antropológica tiene una segunda dimensión, que consiste en la incapacidad de percibir la verdad y, por consiguiente, lo valioso de la sexualidad humana. Creo que Agustín describió de manera muy precisa esta condición: «Tan hundido y ciego como estaba, no podía pensar la luz de la virtud, de una belleza tal, que ha de abrazarse por sí misma y que el ojo de la carne no ve, y se percibe desde lo más íntimo» (*Confesiones* VI 16, 26).

La Iglesia debe preguntarse por qué ha ignorado de hecho el magisterio de san Juan Pablo II sobre la sexualidad y el amor humano. Tenemos que preguntarnos también: la Iglesia posee una gran escuela en la que aprende la profunda verdad del cuerpo–persona: la liturgia. ¿Cómo y por qué no ha sabido hacer tesoro de ella también en mérito a la pregunta antropológica de la que estamos hablando? ¿Hasta qué punto la Iglesia tiene conciencia del hecho de que la teoría de «género» es un verdadero tsunami, cuyo objetivo no es principalmente el comportamiento de los individuos sino la destrucción total del matrimonio y la familia?

En resumen: el segundo problema fundamental que se plantea hoy a la propuesta cristiana del matrimonio es la reconstrucción de una teología y filosofía del cuerpo y de la sexualidad, que generen un nuevo compromiso educativo en toda la Iglesia.

La cuestión antropológica planteada desde la condición en la que se encuentra el matrimonio a la propuesta cristiana del mismo tiene una tercera dimensión, la más grave.

El colapso de la razón en su tensión hacia la verdad del que habla la encíclica «*Fides et ratio*» (81–83) ha arrastrado consigo también la voluntad y la libertad de la persona. El empobrecimiento de la razón ha generado el empobrecimiento de la libertad. Como resultado del hecho de que nos desesperanzamos de nuestra capacidad de conocer una verdad total y definitiva, tenemos dificultad en creer que la persona humana pueda realmente donarse de manera total y definitiva y recibir la autodonación total y definitiva del otro.

El anuncio del Evangelio del matrimonio tiene que ver con una persona cuya voluntad y libertad están privadas de su consistencia ontológica. De esta inconsistencia nace la incapacidad actual de la persona de ver la indisolubilidad del matrimonio sino en términos de una ley «*exterius data*»: una grandeza inversamente proporcional a la grandeza de la libertad. Y esta es una cuestión muy seria también en la Iglesia.

El paso en los ordenamientos jurídicos civiles del divorcio por culpa al divorcio por consenso institucionaliza la condición en la que se encuentra la persona en el ejercicio de su libertad.

Con esta última constatación hemos entrado en la cuarta y última dimensión de la cuestión antropológica planteada al anuncio del Evangelio del matrimonio: la lógica interna propia de los ordenamientos jurídicos de los estados concernientes al matrimonio y la familia. Sobre la cuestión en general, Benedicto XVI expresó el magisterio de la Iglesia en uno de sus discursos fundamentales, el que pronunció ante el Parlamento de la República Federal Alemana en Berlín el 22 de septiembre de 2011.

Los ordenamientos jurídicos han ido desarraigando progresivamente el derecho de la familia de la naturaleza de la persona humana. Se va imponiendo una especie de tiranía de la artificialidad, que reduce la legitimidad al procedimiento.

He hablado de «tiranía de la artificialidad». Tomemos el caso de la atribución de conyugalidad a la convivencia homosexual. Mientras que hasta ahora los ordenamientos jurídicos, partiendo del presupuesto de la natural capacidad de contraer matrimonio entre hombre y mujer, se limitaban a determinar los impedimentos al ejercicio de esta natural capacidad o la forma en la que debía de ejercerse, las leyes actuales de equiparación se atribuyen la autoridad de crear la capacidad de ejercer el derecho de casarse. La ley se atribuye la autoridad de hacer artificialmente posible lo que naturalmente no lo es.

Sería un gran error pensar – y actuar en consecuencia – que al matrimonio civil no le atañe el Evangelio del matrimonio, al cual le concerniría sólo el sacramento del matrimonio. Es abandonar el matrimonio civil a las derivas de las sociedades progresistas.

Modalidad del anuncio

DESERÍA ahora, en este tercer y último punto, indicar algunas modalidades según las cuales la propuesta cristiana del matrimonio no debería hacerse y otras en las que puede hacerse.

Hay tres modalidades que hay que evitar.

La modalidad tradicionalista, que confunde una particular forma de ser familia con la familia y el matrimonio como tal.

La modalidad «catacumbal», la cual elige volver o permanecer en las catacumbas. Concretamente: bastan las virtudes «privadas de los esposos»; es mejor dejar que el matrimonio, desde el punto de vista institucional, sea definido por lo que la sociedad progresista decida.

La modalidad buenista, que considera que la cultura de la que he hablado antes es un proceso histórico imparable. Propone, por lo tanto, transigir salvando lo que en él se pueda reconocer como bueno.

No tengo tiempo ahora para seguir reflexionando sobre cada una de estas tres modalidades, y paso por lo tanto a indicar algunas modalidades positivas.

Parto de una constatación. Hay que pensar en la reconstrucción de la visión cristiana del matrimonio en la conciencia de los individuos y en la cultura de Occidente como un proceso largo y difícil. Cuando una pandemia se abate sobre una población, la primera urgencia es seguramente curar a quien ha sido afectado, pero es también necesario eliminar las causas.

La primera necesidad es redescubrir las evidencias iniciales correspondientes al matrimonio y la familia. Eliminar de los ojos del corazón la catarata de las ideologías, que nos impiden ver la realidad. Es la pedagogía socrático-agustiniana del maestro interior, no sencillamente la del consenso. Es decir: recuperar ese «conócete a ti mismo» que ha acompañado el camino espiritual de Occidente.

Las evidencias originales están inscritas en la misma naturaleza de la persona humana. La verdad del matrimonio no es una «*lex exterius data*», sino una «*veritas indita*».

La segunda necesidad es redescubrir la coincidencia del matrimonio natural con el matrimonio-sacramento. La separación entre los dos acaba por una parte considerando la sacramentalidad como algo, extrínseco y, por la otra, corre el riesgo de abandonar la institución matrimonial en manos de esa tiranía de la artificialidad de la que hablaba antes.

La tercera necesidad es retomar la «teología del cuerpo» presente en el magisterio de san Juan Pablo II. El pedagogo cristiano necesita hoy un trabajo teológico y filosófico que no puede retrasarse o limitarse a una institución particular. Como pueden ver, se trata de tomar en serio esa superioridad del tiempo sobre el espacio de la que se habla en la «*Evangelii gaudium*» (222–225). Más que tres intervenciones de urgencia, he indicado tres procesos.

Por último, opino al igual que George Weigel y es que en la base de las discusiones del Sínodo está la relación que la Iglesia quiere tener con la postmodernidad, en la que los despojos de la deconstrucción del matrimonio son la realidad más dramática e inequívoca.

La Virgen del Rocío, la esposa del Espíritu Santo

MÓNICA PÉREZ-MOSSO

TRANSCURRÍA el año 1262 y el rey Alfonso X el Sabio reconquista Niebla, a cuya jurisdicción pertenecía el pueblo de Almonte. En muestra de agradecimiento, el mariano monarca manda construir una ermita en la que se diera culto a la Madre de Dios (se solía levantar una ermita en los lugares reconquistados al islam), bajo la advocación de María Santísima de las Rocinas, nombre que toma del lugar en que se construye la ermita.

Sin embargo, durante siglos, el origen de la devoción rociera había permanecido oculto o envuelto por el misterio y la belleza de distintas leyendas y tradiciones. Entre las diversas historias, la que goza de mayor aceptación y arraigo es la descrita en el antiguo *Libro de Reglas* de la actual Hermandad Matriz de Almonte, de 1758:

«Entrado el siglo quince de la Encarnación del Verbo Eterno un hombre que ó apacentaba ganado, ó había salido a cazar, hallándose en el término de la Villa de Almonte en el sitio que llaman de la Rocina... Penetró aunque á costa de no poco trabajo, y en medio de las espinas halló la imagen de aquel Sagrado Lirio intacto de las espinas del pecado, vió entre las zarzas el simulacro de aquella *Zarza Mystica* ilessa en medio de los ardores del original delito, miró una imagen de la Reina de los Ángeles de estatura natural colocada sobre el seco tronco de un árbol».

Así comienza la historia de esta devoción tan querida a la Madre de Dios en este paisaje de las marismas del Coto de Doñana, en la provincia de Huelva. Miles de peregrinos venidos no sólo de Andalucía sino de toda España y del extranjero, se acercan a lo largo del año para honrar a Nuestra Señora del Rocío, nombre que se adoptaría posteriormente al de María Santísima de las Rocinas. Así se establece en el preámbulo de las primitivas Reglas de la Hermandad Matriz: «Adorándose en aquel sitio con el nombre de la Virgen de las Rocinas, título que con el tiempo, y no sin mística alusión, se ha mudado en el admirable de Rocío». En curiosa paradoja, el lugar pasa a ser conocido desde entonces, con el nombre de la Virgen.

El nombre de la Virgen del Rocío fue tomado con hondo sentido teológico de la oración de poscomunión de la fiesta de Pentecostés, hoy la misa votiva del Espíritu Santo: «*Sancti Spiritus, Domine, corda nostra mudet infusio, et sui rori intima aspersione foecudent*» (Que tu Espíritu Santo, Señor, descienda

sobre nosotros, purifique nuestros corazones y, con el suave rocío de su venida, los haga fecundos). El oficio de lecturas del mismo día recoge el fragmento del tratado *Adversus haereses*, de san Ireneo, donde se afirma que necesitamos del rocío de Dios para que no nos abrasemos, ni nuestra vida quede infecunda.

También la paloma, teofanía del Espíritu Santo, que revolotea en el palio sobre la Virgen del Rocío, le otorga como amante Esposo, su poético y sugestivo nombre. Por eso, la imagen es invocada universalmente como Blanca Paloma.

Así, de este modo el pueblo de Almonte quiso significar que la Virgen del Rocío, es la Virgen del Espíritu Santo, la Virgen de Pentecostés, celebrándose su fiesta el lunes siguiente al domingo de Pentecostés.

En esas fechas tiene lugar esta romería, la mayor de España. Las ciento catorce hermandades filiales efectúan su salida con anterioridad, según la distancia, en peregrinación hacia la aldea del Rocío. Rompe la marcha el tamboril y la primitiva flauta. Sigue una comitiva de jinetes con traje campero y traje flamenco, portando insignias, varas y estandartes. Cierra las filas la presidencia y tras ella el *simpecado* (estandarte que porta la imagen de la Virgen, en el que se realiza su Inmaculada Concepción) en su carreta de plata, tirada por bueyes. Le sigue una larga y multicolor caravana de carretas adornadas con flores de papel y cintas de seda.

Con la presentación de las hermandades, en las jornadas del viernes y sábado anterior a Pentecostés, la romería comienza oficialmente. Las distintas hermandades y agrupaciones rocieras, venidas de toda la geografía española y universal, se presentan ante la Virgen del Rocío, por riguroso orden de antigüedad.

En la mañana del domingo de Pentecostés, se celebra la misa de Pentecostés, presidida por el obispo de Huelva y concelebrada por los capellanes de las distintas hermandades, ante el inmenso retablo que forman los *simpecados* de las mismas. Tras el rezo del Credo van pasando cada uno de los presidentes y hermanos mayores de las distintas hermandades, ante el *Libro de Reglas de la Hermandad Matriz de Almonte*, renovando su compromiso de fe:

... Decimos y confesamos, que creemos en todos y cada uno de los dogmas y misterios adorables de nuestras sacrosanta religión católica, apostólica y romana,

única y verdadera y que estamos dispuestos, con el favor de Dios, a derramar hasta la última gota de nuestra sangre en defensa de estas verdades si fuera necesario, particularmente la real presencia de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía, la Concepción Inmaculada de María Santísima y su Asunción corporal a los Cielos. Hacemos además, voto y juramento solemne de creer, defender y confesar los dulcísimos misterios de la maternidad espiritual de la Virgen sobre todos los hombres y su mediación universal en la dispensación de todas las gracias que bajan de los Cielos, pasando por las manos purísimas de esta Celestial Tesorera, de todos los favores y bendiciones de su divino Hijo. Madre y Señora nuestra, única esperanza de los mortales, Blanca Paloma de nuestras almas, cubre con el manto de tu soberana protección a estos hijos tuyos que se glorían de llamarte Madre. Ampara y bendice a tu fervorosa Hermandad Matriz, a sus hermandades filiales y a todo el movimiento mariano rociero y haz que con el rocío de la divina gracia, formemos tu corte de honor en la Gloria. Amén

En la noche del Domingo de Pentecostés se reza el Rosario en procesión de velas y bengalas por la aldea. Al finalizar, el lunes de madrugada, tiene lugar el esperado «salto de la reja», donde los almonteños saltan literalmente la reja que protege a la Virgen. Es en este momento cuando comienza la singular procesión de la Blanca Paloma, por las casas de las distintas hermandades desde donde los sacerdotes le rezan la Salve, acompañados del pueblo rociero.

Cuando la Virgen vuelve a su santuario al mediodía del lunes, la romería acaba; más de un millón de romeros, tras dirigir una última mirada a la Señora, emprenderán el camino de vuelta, con sus hermandades, hasta sus pueblos y ciudades.

Pero con la romería no acaba el Rocío. Después de ella comienza de nuevo el calendario rociero, que establece y ordena las peregrinaciones de las hermandades al Santuario, para celebrar su Eucaristía todos los domingos y algunos sábados por la tarde, entre los meses de septiembre y abril.

Además de la romería mayor y las peregrinaciones anuales cada 19 de agosto tiene lugar el llamado «Rocío Chico». Se conoce con este nombre al voto de acción de gracias que realizó el pueblo almonteño después de la invasión de España por el ejército de Napoleón.

El 17 de agosto del año 1810, un grupo de treinta y nueve almonteños asaltó el cuartel que en la localidad había establecido el ejército francés, dando muerte el capitán Douseau y a cinco soldados más. Esto provocó en el ejército de Napoleón el deseo de incendiar y saquear la localidad de Almonte. Sus habitantes hicieron frente con la oración, invocando a la Virgen del Rocío. Estos ruegos fueron escuchados

y nunca llegaron hasta la villa los ochocientos infantes franceses que habían mandado desde Sevilla para aniquilar a la población.

Con motivo de estos acontecimientos y cuando el ejército francés se retiraba definitivamente de España, los representantes del pueblo de Almonte, Ayuntamiento, clero y Hermandad Matriz, «desseando manifestar el reconocimiento y gratitud que deben al Todopoderoso Dios Nuestro Señor, por la intercesión de María Santísima del Rocío, acordaron unánimemente, en 1813, hacer un voto formal y expreso, en su nombre y en el de las generaciones venideras, por el que en adelante y para siempre jamás, pasaran la madrugada del diecinueve de agosto en el Rocío, celebrando por la mañana solemne misa en la ermita, en acción de gracias por el singular favor de la salvación del pueblo.»

Los actos comienzan con un triduo preparatorio, desde el dieciséis al dieciocho de agosto; en la noche del dieciocho, procesión del Santo Rosario por las calles del Rocío y en la mañana del día diecinueve, solemne misa votiva, en la que se renueva el voto de acción de gracias. Al finalizar tiene lugar una procesión eucarística, con el Santísimo bajo palio, alrededor del Santuario.

Los habitantes de Almonte, queriendo gozar en el pueblo de la presencia de su Madre y Patrona deciden, a partir de 1949, traer a la Virgen del Rocío cada siete años a su pueblo. De este modo, permanecerá en la iglesia parroquial, desde el «Rocío Chico» hasta que sea trasladada de nuevo a la aldea, antes de la romería, permaneciendo en Almonte un período de nueve meses.

Para el traslado, esta imagen hierática de la Virgen con la mirada baja y la expresión dulce y sonriente que sostiene como Majestad a su Hijo entre sus manos, cambia su vestimenta. Habitualmente se encuentra vestida a la moda de los Austrias, como gran dama de la corte, con sus atributos en orfebrería: ráfaga, cetro, corona y media luna, respondiendo a la descripción de la mujer en el Apocalipsis: «... vestida de sol, coronada con doce estrellas y la luna en los pies» pero para el camino es vestida de pastora, por lo que también es llamada la Divina Pastora y el Niño, el Pastorcillo Divino.

Una vez en el pueblo, se inicia una procesión hasta el templo parroquial por las calles de Almonte, bellamente adornadas con arcos y flores. Durante todo ese tiempo de permanencia en la villa almonteña no cesarán los cultos. Allí tienen lugar las peregrinaciones de las hermandades filiales, para culminar con una novena de misas y la procesión principal en la que la Virgen del Rocío recorre las calles del pueblo engalanadas, siendo un verdadero alarde de arquitectura efímera. El próximo traslado, tendrá lugar D.m. el día 19 de agosto de 2019.



La Virgen del Rocío con su gala de pastora llega a Almonte

Entre todos los acontecimientos que han tenido lugar en el Rocío hay uno que todos los rocieros recuerdan con especial cariño: la visita de san Juan Pablo II el 14 de junio de 1993. El Santo Padre, como un peregrino más, se arrodilló ante Nuestra Señora del Rocío para después salir al balcón y desde ahí animar a vivir con mayor profundidad esta gran devoción a la Madre de Dios, invitando a que *«todo el mundo sea rociero»* :

...Vuestra devoción a la Virgen, manifestada en la Romería de Pentecostés, en vuestras peregrinaciones al Santuario y en vuestras actividades de las hermandades, tiene mucho de positivo y alentador, pero se le ha acumulado también, como vosotros decís, «polvo del camino» que es necesario purificar.

Es necesario, pues, que, ahondando en los fundamentos de esta devoción, seáis capaces de dar a estas raíces de fe su plenitud evangélica; esto es, que descubráis las razones profundas de la presencia de María en vuestras vidas como modelo en el peregrinar de la fe y hagáis así que afloren, a nivel personal y comunitario, los genuinos motivos devocionales que tienen su apoyo en las enseñanzas evangélicas.

En efecto, desligar la manifestación de religiosidad popular de las raíces evangélicas de la fe, reduciéndola a mera expresión folklórica o costumbrista sería traicionar su verdadera esencia.

...Os invito, por ello, a todos a hacer de este lugar del Rocío una verdadera escuela de vida cristiana, en la que, bajo la protección maternal de María, la fe crezca y se fortalezca: con la escucha de la palabra de

Dios, con la oración perseverante, con la recepción de los sacramentos, especialmente de la Penitencia y de la Eucaristía.

Este, y no otro, es el camino por el que la devoción rociera ganará cada día en autenticidad. Además, la verdadera devoción a la Virgen María os llevará a la imitación de sus virtudes; descubriréis, a través de ella y por su mediación, a Jesucristo, su Hijo, Dios y Hombre verdadero, que es el único Mediador entre Dios y los hombres.

...Por mi parte, y apelando al sentimiento más profundo que, como cristianos y rocieros lleváis en el fondo de vuestras almas, quiero alentaros a reavivar en vosotros el amor y la devoción a María, y por ella a Cristo, dando así también testimonio de una fe que se hace cultura.

...Por eso os vuelvo a insistir hoy ante la Virgen: dad testimonio de los valores cristianos en la sociedad andaluza y española.

...He pedido a María que siga concediéndoo en la alegría de vuestra forma de ser, la firmeza de la fe y engendre en vosotros la esperanza cristiana que se manifieste en el gozo ante la vida, en la aceptación ante el dolor y en la solidaridad frente a toda forma de egoísmo.

¡Que por María sepáis abrir de par en par vuestro corazón a Cristo, el Señor! Llevad por todos los caminos el cariño y el amor del Papa a vuestros familiares, paisanos y amigos, y antes de bendeciros, alabemos juntos a María:

¡Viva la Virgen del Rocío!

¡¡Viva esa Blanca Paloma!!

¡¡¡Que viva la Madre de Dios!!!

«Santa Joaquina de Vedruna, el servicio heroico de la caridad»

ISABEL CONEJO FELIU

La labor de santa Joaquina de Vedruna

ESTA mujer que vivió entregada a Dios, a su familia y al servicio heroico de la caridad constituye un vivo ejemplo y testimonio para el hombre de hoy.

Santa Joaquina nació en Barcelona, el 16 de abril de 1783, en el seno de una familia profundamente católica de la nobleza catalana. Su padre, don Lorenzo de Vedruna, y su madre, doña Teresa Vidal, lograron formar un hogar lleno de amor y a prueba de todos los sacrificios.

Don Lorenzo ejercía el cargo de procurador en la Audiencia del Principado. Doña Teresa era una mujer fuerte, noble, hacendosa y abnegada en sus deberes maternales. Fruto de este matrimonio nació Joaquina.

Criada en el regazo amoroso de su cristiana madre, Joaquina, dócil y sumisa, sintió prontamente en su alma el deseo de amar a Dios. La niña tuvo una gran devoción al Niño Jesús y a las benditas almas desde muy pequeña. Su primera ilusión fue consagrarse a Dios como contemplativa. Por eso, a los doce años, quiso ingresar a las Carmelitas Descalzas de Barcelona. Pero no fue admitida en su demanda, ya que la superiora entendió que no era prudente admitirla pues no tenía la madurez suficiente para tal decisión. Por lo tanto, le recomendó volver a su casa y seguir bajo la tutela paterna.

Así pues, Joaquina permaneció en el hogar paterno y siguió el consejo de sus padres. Allí Joaquina se preparó para lo que iba a suceder en su vida. Pues esta mujer será, como Juana de Lestonnac o Francisca Frémiot de Chantal, una santa viuda y madre de familia, además de religiosa y fundadora, pasando así por todos los estados.

Esposa y madre

EFECTIVAMENTE, Joaquina contrajo matrimonio a los 16 años, el 24 de marzo de 1799, con Teodoro de Mas, un rico hacendado de Vic. Teodoro, al igual que su suegro, era procurador de los Tribunales, por eso les unía desde antes una gran amistad.

Joaquina y Teodoro vivieron unidos durante dieciséis años, tuvieron ocho hijos y bastantes nietos. Entretanto, los primeros años del siglo XIX en España no estaban siendo fáciles. Las tropas de Napoleón habían invadido la Península, sembrando la desolación y la muerte en todos los lugares donde encontraban resistencia.

Don Teodoro de Mas, noble por tradiciones de sangre y de valor militar, no desmintió su linaje, y, dejando su ocupación en la Magistratura de Barcelona, se retiró con su familia a su posesión «El Manso de El Escorial», de Vic, para tomar parte en la defensa de la Patria. Se alistó en las filas del heroico barón de Sabassona, que le nombró su ayudante de campo, y en el mes de abril de 1807 se le encuentra en cinco batallas sangrientas. En Vic entraron los franceses el 17 de abril a sangre y fuego, y don Teodoro se batió en retirada épica, causando al enemigo no pocas bajas. Mientras, doña Joaquina tuvo que abandonar la casa solariega de Mas, refugiándose en las montañas del Montseny con sus pequeños hijos hasta que pasó la tromba bélica.

Auxilio misterioso

CUANDO Joaquina y sus hijos andaban por la llanura huyendo, de pronto apareció una misteriosa señora y la condujo hasta Vic, a casa de una familia muy buena, que los recibió con gran cariño. En seguida la señora desapareció y nadie pudo dar razón de ella. Joaquina creyó siempre que fue la Santísima Virgen María quien llegó a auxiliarla.

El decreto de beatificación de doña Joaquina por el papa Pío XII (19 de mayo de 1940), constituye un gran elogio como esposa y madre: «Unida en matrimonio, cuanto le fue permitido, detestó las vanidades y cosas del mundo, estuvo completamente sometida a su marido, cumplió diligentemente sus obligaciones de esposa y madre, y educó a sus hijos con admirables resultados, formándolos en sus deberes religiosos y ciudadanos».

La estampa de sus hijos es el fiel retrato de tan buenos padres. Dos mueren en temprana edad; pero

de los seis supervivientes, cuatro hijas se consagran a Dios por medio del estado religioso: dos franciscanas en Pedralbes, dos religiosas cistercienses en Vallbona, y hasta su hijo José Luis llegó a entrar en la Trapa, pero su salud no le permitió seguir, habiendo sido luego un ferviente católico y modelo de padres cristianos. La otra hija, casada también, Inés, tuvo seis hijos, varios de ellos religiosos.

Sin embargo, a este hogar le sobrevino la muerte del esposo y del padre, el 5 de marzo de 1816. Privada de su marido a la edad de 33 años y conformada en su viudez, Joaquina se entregó al cuidado de sus hijos y de su casa durante diez años, consagrándose totalmente a su educación, a las obras de piedad para con Dios y de caridad para con el prójimo, mientras con oraciones y penitencias imploraba luz y fuerzas para conocer claramente la voluntad de Dios y para seguirla. Así pues, por cama tenía una estera, y por almohada una piedra; frecuentaba los hospitales de Vic e Igualada, confortando a los enfermos con su palabra, sonrisa y limosnas. Doña Joaquina pasó a ser en poco tiempo popular entre los pobres y aislados.

Un nuevo horizonte

EL corazón de Joaquina se iba despegando cada vez más de los bienes terrenos. Su director espiritual, el capuchino padre Esteban de Olot, conocido por el «apóstol del Ampurdán», es quien la ayudó en esta etapa hasta que llegase a ser esposa de Cristo. Aunque ella prefería la vida contemplativa, el santo fraile le advirtió de que Dios la llamaba para fundadora de una Orden religiosa de vida activa, de enseñanza y de caridad. En esto, apareció el obispo de Vic, doctor Corcuera. Según él, Joaquina no habría de llevar hábito de terciaria capuchina, sino de religiosa carmelita. Así pues, su deseo infantil de los doce años se cumplía ahora, tras un largo rodeo.

Joaquina de Vedruna trabajó con insistencia y humildad desde esa moción del Espíritu. El padre Esteban de Olot redacta las reglas, reglas sapientísimas que a lo largo de un siglo no han sufrido la menor variación, y después de su profesión religiosa ante el obispo de Vic (6 de enero de 1826) inicia su obra de fundadora el 26 de febrero del mismo año con ocho doncellas. El nuevo Instituto fue colocado bajo la protección titular de Nuestra Señora del Carmen. También otras fundaciones se realizaron durante esos años, como por ejemplo, el hospital de Tárrega (1829), y en el mismo año la Casa de Caridad de Barcelona, donde permanece hasta 1830; Solsona, Manresa, hospital de peregrinos de Vic y Cardona son otras tantas fundaciones tras no pocas

peripecias. La obra realizada por Vedruna destaca especialmente por el continuo empeño por dedicarse a los más necesitados mediante la creación de hospitales y casas de caridad. También destaca notablemente por su continua defensa de la educación y escolarización de las niñas, en una época en que eso era poco común.

Después de fundar en el hospital de Berga, plaza ocupada por los carlistas, tiene que internarse en Francia al caer aquella población en manos de las tropas liberales. Tras un penoso calvario por los Pirineos llega a Prades (1836) y sigue hasta Perpiñán, donde halla a una señora conocida suya, de Barcelona, que fue el ángel protector en el destierro de la pequeña comunidad. Pasada la ráfaga, vuelve a España en 1842, reabre el noviciado, y, después de nuevas fundaciones, tiene el consuelo de ver aprobar canónicamente la congregación en 1850. Otro obispo español, el santo padre Claret, antes de salir para su sede de Cuba aporta su granito de arena a los estatutos de la Congregación que conocemos como Hermanas Carmelitas de la Caridad, aunque siguiendo indicaciones del doctor Casadevall, prelado vicense a la sazón.

Vuelve entonces a Barcelona, su ciudad natal, donde Dios la reclamará para sí. En efecto, en la Casa de Caridad le sobreviene un ataque de apoplejía, y hasta el cólera morbo, que entonces domina en la Ciudad Condal, se ceba en ella, y así muere santamente el 28 de agosto de 1854. Dios permitió que su cadáver no padeciera los transtornos de losapestados para consuelo de cuantos acudieron a implorar favores por medio de su sierva. En 1881 se trasladaron sus restos a Vic, donde aún hoy yacen. Beatificada por el papa Pío XII, ha sido la primera santa canonizada, el 12 de abril de 1959, por el papa Juan XXIII.

Después de su muerte siguió desde el Cielo estimulando su obra. Rápido fue el incremento de la congregación de las Carmelitas de la Caridad, rebasando primero los lindes de Cataluña y luego los de la Península para saltar más allá de las fronteras y de los mares. Si a la muerte de santa Joaquina eran 21 las comunidades religiosas de la orden, ahora son 160 casas con un total de 2.218 religiosas, 40.739 las niñas educadas en sus colegios y 4.443 las personas asistidas en diversos hospitales.

La vida de la madre Vedruna no contuvo milagros ni cosas extraordinarias, ciertamente. Pero esa vida abnegada, paciente, humilde y laboriosa, santificando todos los estados en que puede encontrarse una mujer, contiene una gran dosis de callado heroísmo y sacrificio, secreto de la santidad de la humilde Vedruna.



Pequeñas lecciones de historia

Dios busca a Teresa (I): Su primer encuentro

GERARDO MANRESA

EL año 1531 fue glorioso para la ciudad de Ávila. En mayo llegó la emperatriz Isabel acompañada del pequeño príncipe Felipe para celebrar la ceremonia del cambio de sus ropas infantiles por el primer calzón de gentilhomme. Felipe tenía cuatro años. La ciudad se engalanó cubriéndose de alfombras y tapices. No podía estar ausente de estas fiestas una de las más bellas y admiradas doncellas de la nobleza abulense, Teresa de Ahumada. Apasionada lectora de libros de caballería, disfrutó mucho en estas fiestas. Estaba enamorada de su primo Pedro y el éxito y la diversión frívola que encontró en esos días la embriagó, pero su fuerte carácter no permitió que acabara de encontrar la felicidad en ellas.

Llevaban dos meses de fiesta en fiesta y el 26 de julio era el día en que el príncipe Felipe debía recibir «el trajecillo de caballero». ¿Qué sucedió entonces? María, su hermana mayor, casada ya, no vivía en Ávila, y D. Alonso Sánchez, padre de Teresa, no quiso que Teresa deambulara sola por la ciudad con sus «frívolas» amistades y la encerró en un convento, también pensionado para jóvenes, pues en aquel tiempo no había escuelas para las doncellas. Teresa derramó algunas lágrimas tanto por la falta de asistencia a las fiestas como por tener que despojarse de las joyas que lucía ante los otros. Tenía dieciséis años cuando entró en el convento de las agustinas de Nuestra Señora de Gracia. La maestra de las jóvenes seglares era Dña. María de Briceño y Contreras, mujer muy dedicada al cuidado de ellas. Los primeros días de estancia en el convento, Teresa sufrió mucho, especialmente por no poder estar en las fiestas por vanidad suya, aunque ya empezaba a estar un poco cansada de fiestas, pues no dejaba de tener un gran temor de Dios. Dice ella misma: «Traía un desasosiego que en ocho días, y aun creo menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre».

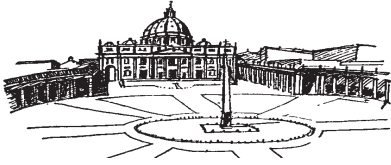
Sus nuevas condiscípulas la querían, pues Teresa era muy simpática y Dios le había dado la gracia de agradar donde iba, sin embargo ella era «enemiguísima de ser monja», aunque disfrutaba viviendo en un ambiente en que la piedad y la discreción se le hacían amables. Dña. María de Briceño era una persona muy piadosa y de una gran devoción al Santísimo Sacramento. Tenía mucho cuidado en la educación de las jóvenes y las acompañaba incluso al locutorio para evitar cosas poco agradables. Demostró estar extraordinariamente dotada para entenderse con ellas y después de escucharlas, las convencía. Teresa cuenta que estando en dicho convento se vio turbada por mensajes de los de fuera, especialmente del desesperado galán que a

través del ojo de la cerradura o de los barrotes de las rejas del locutorio o a través de su prima, le acosaba. María de Briceño, lejos de privar a Teresa de las conversaciones a que tan aficionada era, se sirvió de ellas para encaminarla y poco a poco «la fue haciendo gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era discreta y santa». Los livianos secretesos que tenía con su prima, la maestra de novicias los sustituyó contándole que «ella había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Y le hablaba del premio que da el Señor a los que lo dejan todo por Él».

María se dio perfecta cuenta de lo influenciable que era Teresa, tan bien dotada para la acción y que la chispa de un simple sentimiento prendía fuego a un proyecto que rápidamente convertía en realidad y Teresa lo comenta así: «Comenzó esta buena compañera a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar y a poner en mi pensamiento deseo de cosas eternas» y «a quitar algo de la enemistad que traía con ser monja». María estaba manejando con suavidad el resorte de la idea que mueve a la acción.

Su orgullo también iba a quebrantarse. Había sido una niña ante la cual todo había cedido, todo lo había obtenido por su astucia o el halago, porque era la niña más bonita, la más querida y la más simpática, todo lo hacía bien, jugar al ajedrez, montar a caballo, escribir, bailar... En Ávila se comentaba que Teresa se casaría con quien quisiera. Pero en Nuestra Señora de Gracia experimentará por primera vez con dolor que le falta «una perfección, una sensibilidad: si veía alguna verter lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión no llorara una lágrima; esto me causaba pena». Ella, tan audaz, alcanza una zona prohibida; el obstáculo reside en ella misma: la incapacidad para comprender a Dios y amarle. Se asombra de encontrar cierta embriaguez en la humillación. Acaba de descubrir un mundo ilimitado y más difícil de conquistar que las tierras de ultramar: su mundo interior.

Así fue como Dios dio el primer aldabonazo en el corazón de Teresa. Siguiendo los consejos de María de Briceño comenzó a rezar mucho y en voz alta y a pedir que rezaran por ella, «mas todavía deseaba que no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele aunque también temía el casarme». La tensión en esta lucha interior la hizo enfermar y tuvo que volver a casa. Teresa había estado un año y medio en Nuestra Señora de Gracia.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Papa convoca un Año Santo extraordinario dedicado a la misericordia

EL sábado 11 de abril, víspera del II Domingo de Pascua y de la fiesta de la Divina Misericordia, el papa Francisco hizo pública la bula *Misericordiae vultus* (El rostro de la misericordia) mediante la cual convocó oficialmente un Jubileo Extraordinario de la Misericordia que tendrá inicio el próximo 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, con la apertura de la Puerta Santa y concluirá el 20 de noviembre de 2016, solemnidad de Cristo Rey.

La presentación de este Año Santo la realizó el Santo Padre durante una ceremonia en el atrio de la basílica de San Pedro del Vaticano en la que el Pontífice hizo entrega de una copia de dicha bula a diversos miembros de la Curia romana, a los cuatro arciprestes de las basílicas mayores de Roma y a diferentes preladados en representación de los obispos del mundo. Tras este acto protocolario monseñor Leonardo Sapienza, en calidad de Protonotario Apostólico, leyó ante el pontífice algunos textos de la bula para posteriormente ceder la palabra al obispo de Roma que presidió la celebración de las Vísperas.

Consciente de la profunda necesidad que tiene el mundo actual de contemplar el misterio de la misericordia, el Papa ha convocado este Jubileo, momento extraordinario de gracia y de renovación espiritual, como un «tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes, (...) testimonio del amor de Dios que consuela, que perdona y ofrece esperanza», haciéndose visible en la persona de Cristo, «rostro de la misericordia del Padre».

El Año Santo debe ser, por tanto, un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe, aplicando al hombre contemporáneo el único remedio que le puede sanar, «la medicina de la misericordia». La Iglesia, mostrándose como madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella, desea así servir al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades.

«Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad, (...) un amor que jamás se da por vencido

hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia». Y porque a nosotros se nos ha aplicado misericordia en primer lugar, los cristianos estamos llamados a vivir de misericordia con nuestros hermanos. El mismo Jesús nos ha señalado la misericordia como ideal de vida y como criterio de credibilidad de nuestra fe. «Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia (Mt 5,7) es la bienaventuranza en la que hay que inspirarse durante este Año Santo.»

La Iglesia —ha afirmado el papa Francisco— tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. La Esposa de Cristo vive un deseo inagotable de brindar misericordia porque, tras el necesario e indispensable primer paso de la justicia, necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa, según las palabras de Jesús: «Sed misericordiosos, como el Padre vuestro es misericordioso (Lc 6,36)». Y esto es un programa de vida tan comprometedor como rico de alegría y de paz.

También en este Año Santo la peregrinación será uno de sus signos peculiares: «Cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. (...) El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis (Lc 6,37-38).»

Es mi vivo deseo —ha recalcado el Papa— que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina.

«Un Año Santo extraordinario, entonces, para vivir en la vida de cada día la misericordia que desde siempre el Padre dispensa hacia nosotros. En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida.

La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio. Ella sabe que la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo. La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la Revelación de Jesucristo. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tenga necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. (...) En este Año jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor. Nunca se canse de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos (Sal 25,6).»

Proclamación de san Gregorio de Narek como doctor de la Iglesia

COINCIDIENDO con la fiesta de la Divina Misericordia y en el marco de una misa celebrada con motivo del centenario de «aquella horrible masacre que fue un verdadero martirio del pueblo armenio, en el que muchas personas inocentes murieron como confesores y mártires por el nombre de Cristo», el papa Francisco proclamó a san Gregorio de Narek como doctor de la Iglesia.

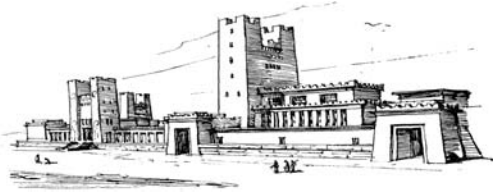
«Padre Santo, —se dirigió al Papa el cardenal Angelo Amato, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos en su solicitud de proclamación del nuevo doctor— desde los primeros siglos de la era cristiana, el Espíritu Santo ha dado al Oriente numerosas estrellas, es decir, hombres y mujeres santos y sabios que con el ejemplo de su propia vida y con su enseñanza han señalado el camino al conocimiento de los misterios de Dios y al encuentro con Cristo». Ejemplo de ello lo encontramos en san Gregorio de Narek, monje del siglo X, teólogo, místico y poeta. Su doctrina sobre el sentido del pecado y del límite del hombre, la reflexión dogmática sobre el misterio de la Santísima Trinidad, la defensa de la eficacia sobrenatural de los sacramentos, la reafirmación de la importancia de la gracia divina y de la vida interior o su gran devoción a la Virgen María son algunos de los temas que el santo armenio tuvo el carisma de transmitir a la Iglesia. Su obra penetró poco a poco

en todos los campos de la vida religiosa y de la cultura armenia: la poesía, la miniatura, la música, la hagiografía, la liturgia y el folclore de tal manera que ha sido llamado el «san Agustín de los armenios» por el influjo que tuvo entre los fieles. Su constante popularidad está unida todavía hoy a su libro de meditaciones y oraciones (el *Libro de la Lamentación*), que es el texto más venerado y difundido en Armenia después del Evangelio.

Georges Dankaye, rector del Pontificio Colegio Armenio, destacaba en entrevista a Radio Vaticana dos de los frutos que la Iglesia de Armenia espera de este doctorado: por un lado, una mayor profundización de los fieles en los misterios de la fe ya que, a causa de las persecuciones sufridas y aunque el pueblo ha conservado la fe, no han recibido una catequesis detallada y sistemática. Por otro lado, el hecho de que san Gregorio viviera poco antes del Cisma de Oriente puede representar un nuevo impulso hacia la plena unión entre la Iglesia católica y la Iglesia armenio-apostólica, no católica.

Al inicio de la celebración el Santo Padre llamaba la atención sobre los signos de unos tiempos que en varias ocasiones ha definido como «un tiempo de guerra, como una tercera guerra mundial “por partes”, en la que asistimos cotidianamente a crímenes atroces, a sangrientas masacres y a la locura de la destrucción. Desgraciadamente todavía hoy oímos el grito angustiado y desamparado de muchos hermanos y hermanas indefensos, que a causa de su fe en Cristo o de su etnia son pública y cruelmente asesinados —decapitados, crucificados, quemados vivos—, o bien obligados a abandonar su tierra.» Y cuando aún resuenan en nuestros oídos estas sobrecogedoras palabras nos llega la noticia de una nueva masacre de treinta cristianos en Libia llevada a cabo por el Estado Islámico (ISIS), parte de ellos ejecutados a tiros y el resto brutalmente decapitados bajo la acusación de ser «cruzados».

Y durante la homilía, el Papa recordaba que «la maldad humana puede abrir en el mundo abismos, grandes vacíos: vacíos de amor, vacíos de bien, vacíos de vida. Y nos preguntamos: ¿Cómo podemos salvar estos abismos? Para nosotros es imposible; sólo Dios puede colmar estos vacíos que el mal abre en nuestro corazón y en nuestra historia. Es Jesús, que se hizo hombre y murió en la cruz, quien llena el abismo del pecado con el abismo de su misericordia. (...) Es éste el camino que Dios nos ha abierto para que podamos salir, finalmente, de la esclavitud del mal y de la muerte, y entrar en la tierra de la vida y de la paz. Este Camino es Él, Jesús, crucificado y resucitado, y especialmente lo son sus llagas llenas de misericordia. Los santos nos enseñan que el mundo se cambia a partir de la conversión de nuestros corazones, y esto es posible gracias a la misericordia de Dios.»



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

El polémico genocidio armenio

ESTE año se conmemora el centenario del genocidio armenio: la matanza sistemática de aproximadamente un millón y medio de armenios a manos del Imperio otomano. El Papa se ha hecho eco de este triste aniversario al afirmar el carácter genocida de los hechos al tiempo que recordaba, durante una ceremonia celebrada según el rito armenio en la basílica de San Pedro, que «esconder o negar el mal es como dejar que una herida continúe sangrando sin curarla». La reacción turca no se ha hecho esperar, llamando a consultas a su embajador ante el Vaticano y expresando su profundo malestar por las palabras del Pontífice.

Hitler, justificando sus planes en 1939 a sus más cercanos, se preguntaba: «¿quién habla ahora de la aniquilación de los armenios?» Pues bien, a pesar de las presiones turcas para silenciar los hechos, la verdad finalmente sale a relucir y hoy son cada vez más quienes hablan de ello, empezando por el propio Papa.

En 1914 vivían dos millones de armenios en los territorios del Imperio Otomano; en 1918 había desaparecido el 90% de ellos. Alrededor de un millón y medio habían muerto en sus propios pueblos y ciudades o de hambre y sed en las marchas que les obligaron a realizar a través del desierto sirio, en las que los pocos supervivientes eran finalmente asesinados. Cientos de miles de mujeres y niños fueron obligados a convertirse al islam y sólo se salvaron algunas decenas de miles que consiguieron refugiarse en el Cáucaso ruso.

El Imperio otomano estaba entonces en plena decadencia y había sido expulsado de los Balcanes y de Grecia, lo que llevó a una afluencia de población musulmana proveniente de las partes perdidas del Imperio que presionaba por tierras donde establecerse. Además, ante las numerosas derrotas, el Imperio otomano recurrió a un agresivo panislamismo, luego reforzado por el nacionalismo darwinista extendido entre la joven oficialidad, para el que los armenios eran una peligrosa anomalía que podía abrir un frente interno en el contexto de la Guerra Mundial en la que estaban inmersos y que les enfrentaba a Rusia.

En enero de 1915, la nefasta campaña de invierno de Enver Pachá contra Rusia se saldó con la derrota

turca en Sarikamis, en febrero las tropas británicas desembarcaron en los Dardanelos. En marzo se intensificaban las masacres y en abril el gobernador general de la provincia de Van emitía la siguiente orden: «exterminen a todos los varones armenios mayores de diez años». La orden de Talat Pachá fue más concisa: «Quemad. Derruid. Matad». Las escenas de atrocidades se sucedieron. A finales de agosto, Talat Pachá informaba al embajador alemán de que «la cuestión armenia ya no existe».

¿Es Roma el anuncio de lo que nos pasará?

Los paralelismos entre nuestra situación y la que vivió el Imperio romano en su periodo de decadencia han sido profusamente analizados. Desde Gibbon hasta Spengler y su «decadencia de Occidente», constituyen casi un género propio. Ahora, un libro publicado en Francia por Michel de Jaeghere, «*Los últimos días. El fin del Imperio romano de Occidente*», se ha convertido en un fenómeno de ventas y en el catalizador de un encendido debate público ¿Por qué los franceses discuten apasionadamente de la decadencia del antiguo Imperio romano? Probablemente porque se reconocen en muchos de sus rasgos y temen que su fin, nuestro fin, sea el mismo.

De Jaeghere empieza refutando a Edward Gibbon y a aquellos que atribuyen la decadencia de Roma al cristianismo, culpable de haberlo ablandado con su mensaje de amor y paz, incapacitándole para enfrentarse a los bárbaros. El debate es también antiguo, pues esta acusación ya fue expresada por polemistas paganos como Celso durante los primeros siglos de nuestra era y fue recogida también por Voltaire. La falsedad de esta acusación es patente: los cristianos eran poco más del diez por ciento en el Imperio de Occidente al inicio del siglo v; por el contrario, eran mayoría en el Imperio de Oriente, justo donde el Imperio resistirá eficazmente a las invasiones y sobrevivirá mil años más.

Así pues, descartada la acusación contra el cristianismo, quedan por descubrir las causas de la decadencia de Roma. Y escribimos causas porque, como en todo fenómeno histórico amplio y complejo, las causas son varias. De Jaeghere cita algunos aspectos de la vida romana en el tardío Imperio: doscientas mil cabezas de familia tenían derecho a recibir

alimentación gratuita y los ciudadanos romanos que trabajaban tenían derecho a 180 días de vacaciones al año, amenizadas con espectáculos públicos cada vez más crueles.

Pero la tesis del autor es más profunda y señala la baja natalidad como la causa principal que dio origen al proceso que provocaría el hundimiento de Roma. Sin poseer los medios técnicos actuales, los romanos ya recurrían profusamente al aborto y al infanticidio y es en esta época en la que el número de varones adultos que tienen exclusivamente relaciones homosexuales se dispara. El resultado es, en términos demográficos, desastroso: Roma pasa del millón de habitantes de los primeros siglos de nuestra era a los veinte mil de fines del siglo V, esto es, su población cae un 98%. Las estadísticas en el campo son menos seguras, pero sabemos que entre el 30 y el 50% de los establecimientos agrícolas son abandonados durante los dos últimos siglos del Imperio debido, sencillamente, a que ya no hay quien los pueda cultivar. Esta caída de la natalidad provoca que haya menos productores, menos consumidores y menos ingresos fiscales. En consecuencia, suben los impuestos para tratar de mantener esos ingresos estables, sólo que el resultado será el contrario. En el último siglo del Imperio, los ingresos por impuestos caen un 90%, al tiempo que, en el campo, muchos pequeños propietarios, incapaces de pagar las crecientes tasas, abandonan sus tierras y se pasan al floreciente campo de la criminalidad y del bandidismo.

La solución a esta catastrófica situación la busca Roma intentando aumentar la natalidad de los esclavos, a quienes se les prohíbe abortar y se les anima a tener más hijos, por las buenas e incluso a veces por las malas. Así, en el último siglo del Imperio la población de la actual Italia está compuesta por un 35% de esclavos. No obstante, la cada vez más esclavista economía romana no acaba de funcionar: los esclavos no pagan impuestos y su productividad es más baja. El siguiente paso es el estatalismo: cada vez más es el Estado quien gestiona grandes empresas agrícolas en las que trabajan exclusivamente esclavos.

Ante el fracaso del recurso a los esclavos para solucionar el problema de la caída de la natalidad, Roma recurre a la inmigración masiva. Las famosas invasiones bárbaras en realidad no fueron una guerra de conquista, sino inmigración fomentada por un Estado que necesitaba acuciantemente más población. Así, en los treinta y cinco años que transcurren entre 376 y 411 d.C. el Imperio ve llegar a alrededor

de un millón de emigrantes, principalmente bárbaros que escapan de la presión de los hunos llegados desde Asia. El siguiente paso fue el de encuadrar masivamente a los inmigrantes bárbaros en el ejército: a principios del siglo V el ejército romano es más del doble del de tiempos de Augusto, superando el medio millón de hombres, de los cuales más de la mitad son de origen germánico. Inicialmente la oficialidad se mantendrá en manos romanas pero más adelante los generales romanos serán sustituidos por generales germánicos, a menudo de forma cruenta, que al mando de sus legiones y unidos a los invasores, marcharán sobre Roma y derrocarán a los emperadores.

De Jaeghere completa la descripción de este proceso (baja natalidad, altos impuestos, estatalismo y fomento de la inmigración), con la erosión de los dos pilares sobre los que se había engrandecido Roma: la *pietas* y la *fides*, la lealtad a las tradiciones morales y religiosas transmitidas de padres a hijos y la fidelidad a la palabra dada y a los compromisos asumidos por el hecho de ser ciudadano romano.

Lo cierto es que en los inicios de nuestra era la aristocracia romana empezó a abandonar el servicio militar para dedicarse a una vida cortesana gracias a los ingresos que generaban sus latifundios. Esta nueva elite se dedica a gozar de su opulenta situación en vez de sacrificarse por el Imperio, que por otra parte considera eterno e invencible. Y empieza a no tener hijos: todas las grandes familias aristocráticas de la época de Augusto se extinguen antes del año 300 d.C. con la única excepción de la *gens* Acilia, que se convirtió a la fe cristiana. Y el ejemplo de las clases dirigentes cunde, extendiéndose entre la plebe el hijo único o, sencillamente, la ausencia de descendencia.

Por otra parte, el declive de la religión pagana, ya incapaz de atraer a casi nadie, provoca el declinar de la *pietas*. Podía haber sido reemplazada por la fe cristiana, tal como demuestra un san Agustín, que conjuga perfectamente la nueva fe con su celo por el Imperio, pero la realidad fue que en el Imperio romano de Occidente, incluso cuando era profesada por los emperadores, la religión cristiana siempre fue minoritaria.

No es de extrañar el debate generado por esta revisión de un periodo clave y apasionante: muchos de los rasgos que llevaron al colapso de Roma se repiten en nuestros días, amenazando a Occidente con un final paralelo al de Roma.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 - 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 - fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

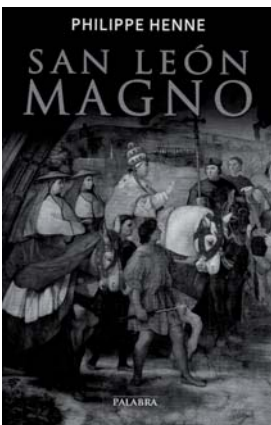
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patristica, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

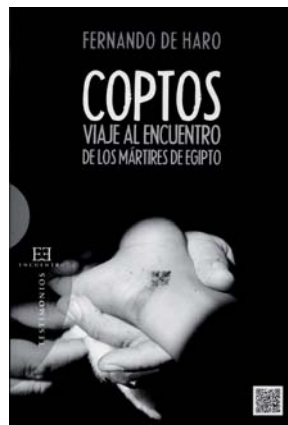
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:



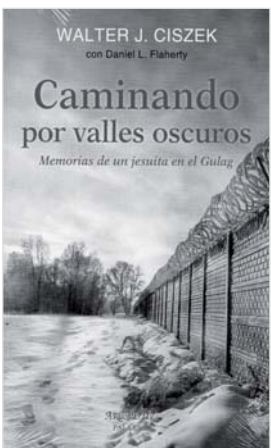
San León Magno

Autor: Philippe Henne
Editorial: Palabra
192 páginas
Precio: 17,90 €
Esta biografía se desprende a partir de las cartas del papa León. Gracias a éstas, conoceremos los acontecimientos históricos de la época, su propio pontificado, y los temas tan variados que afrontó: doctrinales, pastorales, jurídicos y morales. El lector podrá comprender la magnitud del personaje, pero sobre todo que León es un hombre de Dios: su fe es tan simple como profunda.



Coptos. Viaje al encuentro de los mártires de Egipto

Autor: Fernando de Haro
Editorial: Encuentro
200 páginas
Precio: 15,00 €
A través de decenas de entrevistas y encuentros personales sobre el terreno, el periodista Fernando de Haro nos acerca tanto a la actualidad como a la historia de estos cristianos de Egipto que son testimonio vivo de Jesucristo en Oriente Próximo y que, a pesar de la persecución, persisten en su rechazo a la violencia.



Caminando por valles oscuros

Autor: Walter J. Ciszek,
Daniel L. Flaherty,
Editorial: Palabra
256 páginas
Precio: 16,90 €
Este jesuita norteamericano, actualmente siervo de Dios, entró en Rusia procedente de la ciudad polaca de Albertyn que había sido tomada por el Ejército Rojo. Durante los años de la segunda guerra mundial permaneció en la prisión moscovita de Lubianka, para ser condenado posteriormente a quince años de trabajos forzados en un gulag de Siberia. En el libro, él mismo nos desvela la razón de su supervivencia —el total abandono a la voluntad de Dios— y da testimonio de su vida de oración gracias a la cual venció su soledad.



Señor del mundo

Autor: Robert Hugh Benson
Editorial: Palabra
290 páginas
Precio: 16,50 €
Esta obra maestra publicada por primera vez en 1907 bajo el título *El amo del mundo* se trata de una narración sobre un tiempo futuro, que en muchos aspectos ya es el presente de nuestra sociedad. Nos presenta un mundo globalizado y tecnológico que ha negado a Dios, y una religión que se ha difuminado en un humanitarismo sin alma. Una sociedad relativista y materialista en la que no cabe la Iglesia... todo el planeta hablando de paz...

pero ocultando detrás un gran mal.

CONTRAPORTADA

«La sangre de los mártires, semilla de nuevos cristianos»

Celebramos este año el centenario de aquel genocidio armenio, que eliminó a un millón y medio de cristianos, sólo por ser cristianos. A lo largo del siglo xx ha habido otros exterminios. En nuestra patria mismamente, en los años treinta nuestros padres y abuelos sufrieron persecución y muchos de ellos martirio (ya reconocido oficialmente por la Iglesia). Antes, sucedió en México con la revolución cristera. Después, en muchos países del este de Europa. O en China, en Vietnam, etc. A lo largo de toda la historia, los cristianos han sido perseguidos por ser cristianos. Y la sangre de los mártires ha sido siempre semilla de nuevos cristianos. No saben los perseguidores que cuanto más persiguen, más afianzan la fe cristiana en tantos lugares de la tierra. Y la Iglesia se ha abierto camino a lo largo de la historia, en medio de persecuciones y carencias.

Otro tipo de persecución, más disimulada, es la de amordazar a los cristianos en los países de Occidente, los países más desarrollados, relegando la presencia de Dios a lo más íntimo de la conciencia y estableciendo una «neutralidad» laica en la sociedad civil. Se trata de plantear la vida y la sociedad como si Dios no existiera o haciendo abstracción de Dios. La confesión pública de la fe se permite, pero no el influjo de la fe en la esfera de lo público, ni siquiera cuando los cristianos son la inmensa mayoría.(...) En nuestros días esa persecución sangrienta continúa en lugares muy distintos: Tierra Santa, Irak, Siria, Libia, Nigeria, Kenia, produciendo listas innumerables de mártires, sólo por ser cristianos. No pasa una semana sin que tengamos nuevas noticias en este sentido.

¿Qué podemos hacer? –En primer lugar, rezar por todos los perseguidos a causa de su fe, para que el Señor los sostenga, los consuele, los asista. «Bienaventurados vosotros cuanto os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos» (Mt 5,11), nos dice Jesús.

(...) Pero, además, hemos de ser sensibles y estar atentos para mostrar nuestra solidaridad con los hermanos cristianos que sufren por causa de su fe. Especialmente llamativo es el silencio de los países occidentales ante todas estas torturas, y peor todavía la indiferencia globalizada, como si con nosotros no fuera este asunto. Somos más sensibles ante los que mueren de hambre que ante los que mueren por su fe. Y no debiera darse ni lo uno ni lo otro. Hay cauces para hacer llegar nuestra ayuda material a esos campos de refugiados, donde carecen de todo, solamente por ser cristianos.

Y no olvidemos nunca que el perdón es una característica cristiana. Lo que saldría espontáneamente de un corazón herido, sería la venganza, el odio, la revancha antes o después. Sin embargo, nuestros hermanos cristianos que mueren por ser cristianos nos dan un precioso testimonio de amor, de amor supremo, perdonando incluso a quienes los torturan. Ese amor sólo puede brotar de un corazón como el de Cristo, que al ser crucificado, perdonaba a sus enemigos y los disculpaba: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). No es bueno, por tanto, tapar y olvidar el pasado. Recordamos para perdonar, recordamos para que las heridas queden sanadas, recordamos para aprender de ellos a amar sin medida.

Demetrio FERNÁNDEZ, obispo de Córdoba, 16 de abril de 2015